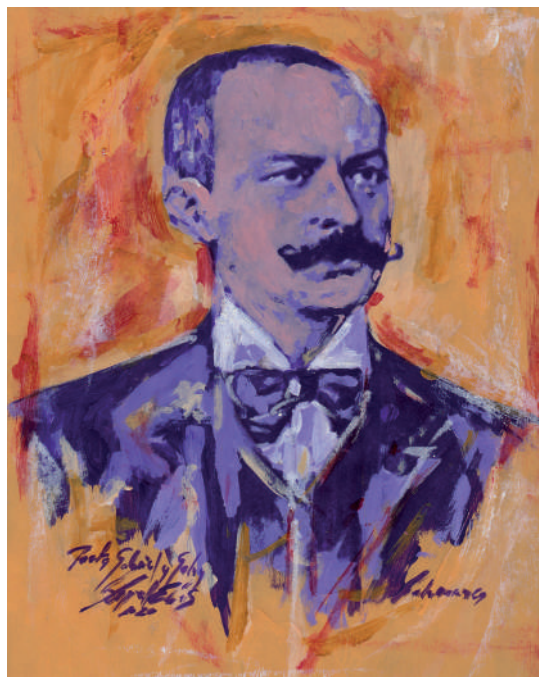


Regreso a Salamanca



XXIII Encuentro
de Poetas Iberoamericanos
Antología en homenaje a Gabriel y Galán



Ayuntamiento
de Salamanca





*Gabriel y Galán, por el escultor Juan Cristóbal
(Foto de José Amador Martín)*

Un poeta en su parque

*Poeta, háblales de nosotros
a los pájaros que por este parque
se posan en tus palabras*

*o al amparo de la benéfica sombra
que tu monumento les ofrece
otro estío más en la milenaria
capital del Tormes.*

*Deletréales que la ti-e-rra
se está rebelando por culpa
nuestra, desatentos
con ella.*

*Se va la vida, pero ahora mismo
los pájaros y nosotros
te escuchamos,
poeta.*

A. P. A.

REGRESO A SALAMANCA

XXIII Encuentro de Poetas Iberoamericanos
(*Antología en homenaje a José María Gabriel y Galán*)

REGRESO A SALAMANCA
XXIII Encuentro de Poetas Iberoamericanos

(Antología en homenaje a José María Gabriel y Galán)

Antólogo y director del Encuentro
ALFREDO PÉREZ ALENCART

Pintura de portada
MIGUEL ELÍAS



©
Fundación Salamanca Ciudad de Cultura y Saberes

©
Selección, prólogos y notas:
Alfredo Pérez Alencart

©
Poemas:
Los autores

Comité asesor del XXIII Encuentro de Poetas Iberoamericanos

Carmen Ruiz Barrionuevo
António Salvador
Jesús Fonseca Escartín
José María Muñoz Quirós
Carlos Aganzo
Francisca Noguerol
M.^a Ángeles Pérez López
Eva Guerrero
Juan Ángel Torres Rechy
Marcelo Gatica Bravo
José Amador Martín
Juan Antonio González Iglesias
Juan Carlos Martín Cobano

Ilustración portada:
«Retrato de José María Gabriel y Galán»
(Pintura de Miguel Elías, 2020)

Ilustraciones y fotografías interiores:
Miguel Elías y José Amador Martín

Corrección de textos:
Jacqueline Alencar Polanco

Depósito Legal: S 239-2020

Maquetación:
Intergraf

Impreso en Salamanca,
en los talleres de

Pedidos: Fundación Salamanca Ciudad de Cultura y Saberes
Telf.: +34 923 281 716 - Fax: +34 923 272 331
E-mail: publicaciones@ciudaddecultura.org

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida total o parcialmente, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio sin permiso previo de los editores.

Constituye para mí una enorme satisfacción, como alcalde de Salamanca, que este XXIII Encuentro de Poetas Iberoamericanos se dedique a honrar la memoria y la obra poética de un salmantino muy presente en el campo y en las ciudades de esta antigua tierra de Castilla y León.

Siempre hemos tenido presente a José María Gabriel y Galán, el poeta de Frades de la Sierra. Buena prueba de ello es que su nombre presida una biblioteca municipal junto al parque donde se ha instalado el monumento escultórico a él dedicado. Pero la efeméride del ciento cincuenta aniversario de su nacimiento bien amerita un recuerdo de este calado.

Leyendo la antología que tienen en sus manos, pude emocionarme con unos versos donde el poeta pide que se acuerden de él, quien por entonces vivía y trabajaba tras las cumbres fronterizas de Salamanca con Ávila y Extremadura:

Cuando tiendas tu vista por las cumbres
de esas sombrías y gigantescas sierras
que estas tierras separan de esas tierras,
acuérdate de mí;
que yo también, cuando los ojos fijo
en esas altas moles silenciosas,
me paro a meditar en muchas cosas...

Claro que nos acordamos de él, no obstante estos tiempos difíciles que estamos atravesando. Mérito de este reconocimiento es de la Fundación Salamanca Ciudad de Cultura y Saberes, y especialmente del poeta Alfredo Pérez Alencart, cuya pasión por destacar los valores literarios abarca a autores de ambas orillas de nuestro idioma. Con Gabriel y Galán celebramos un nuevo Encuentro de Poetas Iberoamericanos, y ya van veintitrés ininterrumpidos bajo la dirección encomiable de Alencart.

Vivir la Palabra, vivificarla y honrarla como en esta cuidada antología titulada "Regreso a Salamanca", que reúne, además de una esencial muestra de la poesía de Gabriel y Galán, los textos de homenaje de cuarenta y siete poetas, más la interesante correspondencia que mantuvo con Miguel de Unamuno. Y otro año más, resalta la calidad pictórica de Miguel Elías, a través del hermoso retrato que ilustra la portada de la antología.

El Ayuntamiento, en nombre de la ciudad de Salamanca, agradece a los poetas participantes en esta antología y en los otros actos programados de forma virtual y presencial. Aquí queda su palabra, huella impresa imperecedera para disfrute de todo lector que a estas páginas se aproxime.

CARLOS GARCÍA CARBAYO
Alcalde de Salamanca

Aquí tienen medio centenar de poemas rigurosamente inéditos, todos dedicados a memorar la poesía de un salmantino-cacereño que el pasado mes de junio acaba de cumplir sus primeros treinta lustros.

Pero en la vanguardia de este entrañable volumen, como debe ser, va una muestra mínima de los versos de José María Gabriel y Galán (Frades de la Sierra, Salamanca, 1870 – Guijo de Granadilla, Cáceres, 1905). Dejé para la retaguardia las epístolas que se cruzaron el vasco de Salamanca y el salmantino anclado para siempre en suelo extremeño, próximo a las lindes de su provincia del alma.

Ha sido una grata misión el coordinar esta celebración, máxime en tiempos de pandemia e incertidumbres. Gracias...

Gracias, en primer término, al Ayuntamiento de Salamanca, por seguir confiando en mí, luego de veintitrés años. Aquí nombro al alcalde Carlos García Carbayo y a María Victoria Bermejo, actual concejala de cultura y quien sigue la senda de Pilar Fernández Labrador, nuestra Dama de la Cultura, bajo cuya gestión se crearon estos encuentros.

Gracias a la Fundación Salamanca, Ciudad de Cultura y Saberes, comenzando por José Luis Barba, su director gerente, quien ha sabido prodigarme su entera confianza. Ana Navarro, desde el gabinete de prensa de la Fundación y durante estos años precedentes, ha sido de invaluable ayuda en la difusión de los Encuentros. Las mismas gracias que corresponden a Carmen Cardona y a Eva Martín, por sus diseños, maquetación, cartas y gestiones.

Gracias a todos los poetas, de aquende y allende, que quisieron sumarse a este homenaje. Sépase que la invitación fue mucho más amplia, especialmente en el plano local.

Finalmente, gracias al pintor Miguel Elías, por su amor al

Arte y a la Poesía. Su “Retrato de José María Gabriel y Galán” es de los que quedarán... Gracias al fotógrafo José Amador Martín, por las imágenes aportadas a este volumen. Quedan las gratitudes para Agustín Herrero, por la magnífica maquetación del libro, y para Jacqueline Alencar, acompañándome siempre, también en la revisión de los textos.

ALFREDO PÉREZ ALENCART
Universidad de Salamanca

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

CANCIÓN DEL TERRUÑO Y OTROS POEMAS

(Antología mínima)



Selección y prólogo
(A. P. Alencart)

(Pórtico)

GABRIEL Y GALÁN

I.

Me alejo de panegíricos o diatribas cuando se trata de memorar a un poeta salmantino que ha dejado una simiente tan profundamente enraizada a la tierra y a las gentes de Castilla y León y de parte de Extremadura, una simiente que también brotó en otros lugares de España y de la América de habla española.

Recuerdo que en mis años de estudiante universitario, en Lima, compré –en una de las tiendas de libros usados que abundaban por cierta calle del centro de la capital peruana– una plaqueta con versos suyos publicados en Colombia. Pertinente evocación de aquel cambio de propiedad, ahora que, cuatro décadas después, asumí con gusto la faena de honrar la obra de José María Gabriel y Galán, el más cacereño de los salmantinos que han poblado esa región al extremo del Duero.

Mañana,
cuando el poeta despierte,
ahí estarán los campos
y las criaturas
de Dios.

II.

También me alejo de repetir, cansinamente, sus datos biográficos y libros publicados. Para ello basta con poner su apellido en el buscador. Menos aún la síntesis de elucubrados ensayos que sapientes eruditos han pergeñado sobre la poesía de Gabriel y Galán a lo largo de estos primeros treinta lustros, muchos de ellos denostando su calidad, cuestionando su originalidad, llamando la atención sobre sus estrofas grandilocuentes, alertando en torno a su posible

proselitismo en favor de los terratenientes, desvirtuando sus inclusiones dialectales, tachándolo de católico a ultranza...

Con los años he llegado a comprender que, si la poesía va dirigida a los demás, también debemos dejar de cuestionar el gusto de las personas que eligen una de las variadas opciones que viene ofreciendo la Carta Poética a lo largo de la historia. Para la mayoría de jóvenes de hoy un letrista o cantante de rap es mejor valorado que César Vallejo o Petrarca (si es que saben quiénes son), por ejemplo. Quiere esto decir que su propuesta resulta de mayor entidad que la los citados: claro que no, pero tampoco se puede ser elitista e imponer las apetencias líricas. Unos prefieren escritores de culto, leídos minoritariamente, y otros se decantan por los superventas (best seller). Y hay que dar gracias a Dios, porque los artilugios tecnológicos y sus referencias articuladas alrededor de las imágenes, están socavando seriamente la Palabra, sea esta de la calidad que sea, dentro de los parámetros de lo aceptable en el plano literario.

Treinta lustros
y la médula no está perdida,
como sucede con Horacio,
tan dentro de mi pecho
abierto.

III.

No en Salamanca, ni en Ávila o Cáceres. Me encontraba en Toral de los Guzmanes, villa de la provincia de León, y corría el mes de octubre de 2004. Coordinaba el Primer Encuentro “Los poetas y Dios”, el mismo que hasta este año ha tenido 16 ediciones con uno de los mejores públicos que existen, campesinos y ganaderos en su mayoría, gentes que terminadas sus duras faenas en la vega del río Esla, se acercaban al Ayuntamiento para asistir a las lecturas. No era una multitud, pero sí eran genuinos asistentes, pues no buscaban prólogos, invitaciones a encuentros, revisiones de sus textos, publicaciones en revistas.... Al final del segundo día, cuando terminó el cónclave poético cristiano, se me acercó una

vecina del pueblo de unos ochenta años. Me saludó y felicitó con profunda emoción. Le di las gracias, también emocionado.

Más tarde, en la recepción, Miguel Ángel Fernández, alcalde la villa, me comentó que la vecina se llamaba Josefina Garzo y que le había dicho que a ella le gustaría recitar poemas de Gabriel y Galán que se sabía de memoria.

Desde la segunda edición, hasta su fallecimiento años después, Josefina fue una más entre los poetas invitados, ella prestando su voz a Gabriel y Galán, y declamando así:

*Labriego, ¿vas a la arada?
Pues dudo que haya otoñada
más grata y más placentera
para cantar la tonada
de la dulce sementera.
(...)*

*Ara tranquilo, labriego,
y piensa que no tan ciego
fue tu destino contigo,
que el campo es un buen amigo
y es dulce miel su sosiego,*

*y es salud el puro día,
y estas bregas son vigor,
y este ambiente es armonía,
y esta luz es alegría...
¡Ara y canta, labrador!*

Esta evocación no es retórica ni de cara a la galería. En el volumen de los tres primeros encuentros, publicado por la Diputación de León en 2007, va incluido este poema en manuscrito suyo, pues le pedí que escribiera uno de los poemas de Gabriel y Galán que nos leía en su pueblo.

Éste es el encuentro,
éste el movimiento perpetuo

de las palabras
que no se amputan a la tierra
y a las almas:

sigue así
hasta la misma hora
del siglo siguiente.

IV.

Planteados así los hechos, sin exaltaciones, ¿quiénes somos nosotros, meros aprendices, para estar ninguneando los poemas que escribiera José María Gabriel y Galán? Máxime cuando en nuestro ahora se palmea a vates premiados cuyos versos casi no contienen poesía ni conmueven a quienes los escuchan o leen.

Muchos quisieran que, al menos algunas personas, supieran repetir ciertos versos suyos. En el caso del salmantino-cacereño tal hecho está contrastado y sigue presente en la memoria de más personas de las que se estiman desde los cenáculos ciudadanos.

Todo y todos
bajo el claror indiviso
de Dios.

Agosto y en Tejares (2020)
A. P. Alencart

LA CANCIÓN DEL TERRUÑO

De los cuerpos y las almas de mis hijos
yo soy cuna, yo soy tumba, yo soy patria;
yo soy tierra donde afincan sus amores,
yo soy tierra donde afincan sus nostalgias,
yo soy álveo que recoge los regueros
de sudores que fecundan mis entrañas,
yo soy fuente de sus gozos
yo soy vaso de sus lágrimas...

Yo el calvario de sus bárbaras caídas,
yo el oriente de sus tenues esperanzas,
yo la carga de sus días mal vividos
y el insomnio de sus noches abreviadas,
yo el tesoro de sabroso pan moreno
que las manos honradísimas amasan
de los hijos bien nacidos
y la esposa bien amada.

Yo quisiera que los gérmenes fecundos
que sotierran en mis áridas entrañas,
vigorosos y prolíferos se hinchasen,
y pletóricos de vida reventaran,
y paridos de mis senos a la vida,
por mi haz se derramasen en cascadas
que espumaran en agosto
oro rubio sobre plata...

Pero yo soy un decrépito ya estéril,
sin las vírgenes frescuras de las savias,
que mis bellas primaveras de otros días
encendieron y cuajaron en sustancias,
¡en sustancias de la vida que rebosan
porque hierven, porque sobran, porque matan
si cuajando en otras vidas
sus esencias no derraman!

De la vida que me dio Naturaleza
me sorbieron esas vírgenes sustancias,
que en la mano pedigüeña de mis hijos

yo vertía en creaciones espontáneas.
El tesoro de mis senos ya está pobre,
seco el álveo que la linfa refrescaba...
¡No pidáis pan al hambriento
ni al sediento pidáis agua!
Ya están hondos, ya están hondos los filones
del tesoro que mi seno os regalaba;
con la punta de esas rejas no se topan,
con gemidos y sudores no se ablandan...
Ya mis senos no son cuna de semillas
que en fecundo limo virgen germinaran:
¡Son sepulcros de simientes
en el polvo sepultadas!

Y es preciso que renazcan, que rebullan,
que revivan en mi hondura nuevas savias,
que me enciendan fructuosas concepciones,
que me alegren floescencias soberanas,
que me engrían maduresces olorosas
de cosechas opulentas bien gozadas...
¡Hizo Dios así a Natura:
grande y fértil, bella y sana!

Pero quiero que los hijos del trabajo
no derritan de su carne las sustancias
en la vieja brega estéril que me oprime,
en la ruda brega torpe que los mata...
No con riegos de sudores solamente
se conquistan y enriquecen mis entrañas.
¡Hace falta luz fecunda!
¡Sol de ideas hace falta!

TRENO

Tengo el alma serena
para toda amenaza de catástrofe;
la tengo muda y sorda
para voces de amores que me llamen;
la tengo seria como un campo yermo;
quieta la tengo como aquel cadáver
de quien yo no creí que fuese tierra
porque era el de mi madre.
El que ve lo que vi cuando era mozo
que amor disuelto apellidó a la sangre
y eterno soñó al tiempo
para besar la frente de la imagen,
¿qué puede ver que le sacuda el alma
ni al cuerpo un grito de dolor le arranque?
Rayo de la tormenta:
podrás romperme pero no espantarme;
volcán rugiente que escupiendo fuego
me enseñas el abismo de tu cráter;
sierra que te derrumbas
y ante las puertas de mi casa caes;
río que te desbordas
y azotas de mi casa los umbrales;
huracán que su techo le arrebatas;
muerte que rondas mi olvidada calle...
¿qué pequeños sois todos, qué pequeños,
y mi dolor qué grande!
Y vosotros también, hombres perversos,
que me herís con salivas el semblante;
y vosotros también, hombres amigos
que a la vida feliz queréis tomarme
con la ambrosía de la humana gloria,
miel al beber y al digerir vinagre...,
me herís los unos con estéril saña,
porque herís a un cadáver;
lucháis los otros con afán estéril
porque nadie logró que el mundo hable.
Sólo podrá moverme,
desde la noche de la gran catástrofe,
la voz de Dios gritándome: «¡Hijo! ¡Hijo!
¡Respóndele a tu padre!»

ACUÉRDATE DE MÍ

Cuando tiendas tu vista por las cumbres
de esas sombrías y gigantescas sierras
que estas tierras separan de esas tierras,
acuérdate de mí;
que yo también, cuando los ojos fijo
en esas altas moles silenciosas,
me paro a meditar en muchas cosas...
¡y a recordarte a ti!

Cuando hondas ansias de llorar te ahoguen
cuando la pena acobardarte quiera,
resígnate al dolor con alma entera
¡y acuérdate de mí!,
que yo también cuando en el alma siento
algo que se me sube a la garganta,
¡sé resignarme con paciencia tanta,
que te admirara a ti!

Cuando te creas en el mundo solo
y juzgues cada ser un enemigo,
¡acuérdate de Dios y de este amigo
que te recuerda a ti!
Y esa doliente soledad sombría
poblárase de amor en un instante
si en Dios llegas a ver un Padre amante,
¡y un buen hermano en mí!

Si del trabajo la pesada carga
y lo áspero y lo largo del camino
te hicieran renegar de tu destino.
¡acuérdate de mí!
Porque soy otro hijo del trabajo
que, sin temor a que la senda es larga,
llevando al hombro, como tú, mi carga,
¡voy delante de ti!

Si del demonio tentación maldita
o el mal consejo del amigo insano
te pusieran al borde del pantano,

¡acuérdate de mí!
Y piensa un poco lo que tú perdías
y piensa un poco lo que yo sufriera
si donde otros se hundieron, yo te viera
¡también hundirte a ti!

Y si te cierra la desgracia el paso
sin llegar a la hermosa lontananza
donde tú tienes puesta la esperanza,
¡acuérdate de mí!

¡Acaso yo tampoco haya llegado
donde me dijo el corazón que iría!
¡Y esta resignación del alma mía
te da un ejemplo a ti!

Si vacila tu fe (Dios no lo quiera)
y vacila por débil o por poca,
pídele a Dios que te la dé de roca,
¡y acuérdate de mí!;
que yo soy pecador porque soy débil,
pero hizo Dios tan grande la fe mía,
que, si a ti te faltara, yo podría
¡darte mucha fe a ti!

DEUDA

Almas grandes que pudierais remontaros,
poderosas, mayestáticas, serenas,
por encima de las águilas reales,
a purísimas atmósferas etéreas
donde el oro de las alas no se mancha,
ni oscurecen las pupilas vagas nieblas,
ni desgarran el oído los estrépitos
de los hombres que se hieren y se quejan...

Almas sabias que en las cimas de la vida
como nubes protectoras la envolvieran,
desgarrándose en relámpagos de oro
y lloviendo lluvias ricas y benéficas
para damos a los ciegos de los valles
luz que rasgue las negruras que nos ciegan
y caudales de rocíos salutíferos
que a las almas enfermizas regeneran...

Almas fuertes que pudierais desligaros
del mortífero dogal de las miserias
y llevarnos de la mano por la vida,
guarneciéndonos de santas fortalezas,
saturándose de amores generosos,
regalándonos magnánimas ideas.

Almas buenas que sabéis de las torturas
de las pobres almas rudas y sinceras
que al querer de la miseria levantarse
desde arriba las azotan y envenenan
con el látigo estallante del escándalo
que repugna, que deprime, que avergüenza...

Almas grandes, almas sabias,
almas fuertes, almas buenas...
¡Nos debéis a los humildes,
nos debéis a las pequeñas
la limosna del ejemplo,
que es la deuda más sagrada de las deudas!

A UN RICO

¿Quién te ha dado tu hacienda o tu dinero?
O son fruto del trabajo honrado,
o el haber que tu padre te ha legado,
o el botín de un ladrón o un usurero.

Si el dinero que das al pordiosero
te lo dio tu sudor, te has sublimado;
si es herencia, ¡cuán bien lo has empleado!;
si es un robo, ¿qué das, mal caballero?

Yo he visto a un lobo que, de carne ahíto,
dejó comer los restos de un cabrito
a un perro ruin que presencié su robo.

Deja, ¡oh rico!, comer lo que te sobre,
porque algo más que un perro será un pobre,
y tú no querrás ser menos que un lobo.

EL AMA

I

Yo aprendí en el hogar en qué se funda
la dicha más perfecta,
y para hacerla mía
quise yo ser como mi padre era
y busqué una mujer como mi madre
entre las hijas de mi hidalga tierra.
Y fui como mi padre, y fue mi esposa
viviente imagen de la madre muerta.
¡Un milagro de Dios, que ver me hizo
otra mujer como la santa aquella!

Compartían mis únicos amores
la amante compañera,
la patria idolatrada,
la casa solariega,
con la heredada historia,
con la heredada hacienda.
¡Qué buena era la esposa
y qué feraz mi tierra!
¡Qué alegre era mi casa
y qué sana mi hacienda,
y con qué solidez estaba unida
la tradición de la honradez a ellas!

Una sencilla labradora, humilde,
hija de oscura castellana aldea;
una mujer trabajadora, honrada,
cristiana, amable, cariñosa y seria,
trocó mi casa en adorable idilio
que no pudo soñar ningún poeta.

¡Oh, cómo se suaviza
el penoso trajín de las faenas
cuando hay amor en casa
y con él mucho pan se amasa en ella
para los pobres que a su sombra viven,
para los pobres que por ella bregan!

¡Y cuánto lo agradecen, sin decirlo,
y cuánto por la casa se interesan,
y cómo ellos la cuidan,
y cómo Dios la aumenta!

Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta.

La vida en la alquería
giraba en torno de ella
pacífica y amable,
monótona y serena...

¡Y cómo la alegría y el trabajo
donde está la virtud se compenetran!

Lavando en el regazo cristalino
cantaban las mozuelas,
y cantaba en los valles el vaquero,
y cantaban los mozos en las tierras,
y el aguador camino de la fuente,
y el cabrerillo en la pelada cuesta...
¡Y yo también cantaba,
que ella y el campo hicieronme poeta!

Cantaba el equilibrio
de aquel alma serena
como los anchos cielos,
como los campos de mi amada tierra;
y cantaba también aquellos campos,
los de las pardas onduladas cuevas,
los de los mares de enceradas mieses,
los de las mudas perspectivas serias,
los de las castas soledades hondas,
los de las grises lontananzas muertas...

El alma se empapaba
en la solemne clásica grandeza
que llenaba los ámbitos abiertos
del cielo y de la tierra.

¡Qué plácido el ambiente,
qué tranquilo el paisaje, qué serena
la atmósfera azulada se extendía
por sobre el haz de la llanura inmensa!

La brisa de la tarde
meneaba, amorosa, la alameda,
los zarzales floridos del cercado,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa verde de la encina vieja...

¡Monorrítmica música del llano,
qué grato tu sonar, qué dulce era!

La gaita del pastor en la colina
lloraba las tonadas de la tierra,
cargadas de dulzuras,
cargadas de monótonas tristezas,
y dentro del sentido
caían las cadencias,
como doradas gotas
de dulce miel que del panal fluyeran.

La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era;
sosegado el sentir, como las brisas;
mudo y fuerte el amor, mansas las penas,
austeros los placeres
raigadas las creencias,
sabroso el pan, reparador el sueño,
fácil el bien y pura la conciencia.

¡Qué deseos el alma
tenía de ser buena,
y cómo se llenaba de ternura
cuando Dios le decía que lo era!

II

Pero bien se conoce
que ya no vive ella;
el corazón, la vida de la casa
que alegraba el trajín de las tareas,
la mano bienhechora
que con las sales de enseñanzas buenas
amasó tanto pan para los pobres
que regaban, sudando, nuestra hacienda.

¡La vida en la alquería
se tiñó para siempre de tristeza!

Ya no alegran los mozos la besana
con las dulces tonadas de la tierra
que al paso perezoso de las yuntas
ajustaban sus lánguidas cadencias.

Mudos de casa salen,
mudos pasan el día en sus faenas,
tristes y mudos vuelven
y sin decirse una palabra cenan;
que está el aire de casa
cargado de tristeza,
y palabras y ruidos importunan
la rumia sosegada de las penas.

Y rezamos, reunidos, el Rosario,
sin decirnos por quién..., pero es por ella.
Que aunque ya no su voz a orar nos llama,
su recuerdo querido nos congrega,
y nos pone el Rosario entre los dedos
y las santas plegarias en la lengua.

¡Qué días y qué noches!
¡Con cuánta lentitud las horas ruedan
por encima del alma que está sola
llorando en las tinieblas!

Las sales de mis lágrimas amargan
el pan que me alimenta;
me cansa el movimiento,
me pesan las faenas,
la casa me entristece
y he perdido el cariño de la hacienda.

¡Qué me importan los bienes
si he perdido mi dulce compañera!

¡Qué compasión me tienen mis criados
que ayer me vieron con el alma llena
de alegrías sin fin que rebosaban
y tuyas también eran!

Hasta el hosco pastor de mis ganados,
que ha medido la hondura de mi pena,
si llego a su majada
baja los ojos y ni hablar quisiera;
y dice al despedirme: «Animo, amo;
«haiga» mucho valor y «haiga pacencia»...»
Y le tiembla la voz cuando lo dice,
y se enjuga una lágrima sincera,
que en la manga de la áspera zamarra
temblando se le queda...

¡Me ahogan estas cosas,
me matan de dolor estas escenas!

¡Que me anime, pretende, y él no sabe
que de su choza en la techumbre negra
le he visto yo escondida
la dulce gaita aquella
que cargaba el sentido de dulzura
y llenaba los aires de cadencias!...

¿Por qué ya no la toca?
¿Por qué los campos su tañer no alegre?

Y el atrevido vaquerillo sano
que amaba a una mozuela

de aquellas que trajinan en la casa,
¿por qué no ha vuelto a verla?

¿Por qué no canta en los tranquilos valles?
¿Por qué no silba con la misma fuerza?
¿Por qué no quiere restallar la honda?
¿Por qué está muda la habladora lengua,
que al amo le contaba sus sentires
cuando el amo le daba su licencia?

«¡El ama era una santa!...»
me dicen todos, cuando me hablan de ella.
«¡Santa, santa!», me ha dicho
el viejo señor cura de la aldea,
aquel que le pedía
las limosnas secretas
que de tantos hogares ahuyentaban
las hambres y los fríos y las penas.

¡Por eso los mendigos
que llegan a mi puerta
llorando se descubren
y un Padrenuestro por el «ama» rezan!

El velo del dolor me ha oscurecido
la luz de la belleza.

Ya no saben hundirse mis pupilas
en la visión serena
de los espacios hondos,
puros y azules, de extensión inmensa.

Ya no sé traducir la poesía,
ni del alma en la médula me entra
la intensa melodía del silencio,
que en la llanura quieta
parece que descansa,
parece que se acuesta.

Será puro el ambiente, como antes,
y la atmósfera azul será serena,

y la brisa amorosa
moverá con sus alas la alameda,
los zarzales floridos,
los guindos de la vega,
las mieses de la hoja,
la copa vede de la encina vieja...

Y mugirán los tristes becerrillos,
lamentando el destete, en la pradera;
y la de alegres recentales dulces
tropa gentil escalará la cuesta
balando plañideros
al pie de las dulcísimas ovejas;
y cantará en el monte la abubilla,
y en los aires la alondra mañanera
seguirá derritiéndose en gorjeos,
musical filigrana de su lengua...

Y la vida solemne de los mundos
seguirá su carrera
monótona, inmutable,
magnífica, serena...

Mas ¿qué me importa todo,
si el vivir de los mundos no me alegra,
ni el ambiente me baña en bienestares,
ni en las brisas a música me suenan,
ni el cantar de los pájaros del monte
estimula mi lengua,
ni me mueve a ambición la perspectiva
de la abundante próxima cosecha,
ni el vigor de mis bueyes me envanece,
ni el paso del caballo me recrea,
ni me embriaga el olor de las majadas,
ni con vértigos dulces me deleitan
el perfume del heno que madura
y el perfume del trigo que se encera?

Resbala sobre mí sin agitarme
la dulce poesía en que se impregnan
la llanura sin fin, toda quietudes,
y el magnífico cielo, todo estrellas.

Y ya mover no pueden
mi alma de poeta,
ni las de mayo auroras nacarinas
con húmedos vapores en las vegas,
con cánticos de alondra y con efluvios
de rociadas frescas,
ni estos de otoño atardeceres dulces
de manso resbalar, pura tristeza
de la luz que se muere
y el paisaje borroso que se queja...
ni las noches románticas de julio,
magníficas, espléndidas,
cargadas de silencios rumorosos
y de sanos perfumes de las eras;
noches para el amor, para la rumia
de las grandes ideas,
que a la cumbre al llegar de las alturas
se hermanan y se besan...

¡Cómo tendré yo el alma,
que resbala sobre ella
la dulce poesía de mis campos
como el agua resbala por la piedra!

Vuestra paz era imagen de mi vida,
¡oh campos de mi tierra!
Pero la vida me puso triste
y su imagen de ahora ya no es esa:
en mi casa, es el frío de mi alcoba,
es el llanto vertido en sus tinieblas;
en el campo, es el árido camino
del barbecho sin fin que amarillea.

Pero yo ya sé hablar como mi madre
y digo como ella
cuando la vida se le puso triste:
«¡Dios lo ha querido así! ¡Bendito sea!»

CANCIÓN

No piense nunca el lloroso
que este cantar dolorido
es un capricho tejido
por la musa de un dichoso.
No piense que es armonioso
juego de un estro liviano;
piense que yo no profano,
ni con mentiras sonoras,
las penas desgarradoras
del corazón de un hermano.

Una canción de dolores
me piden mis padeceres,
tal como ayer mis quereres
pidieron cantos de amores;
que así como son mayores
si se cantan los contentos,
así los tristes acentos
de las trovas doloridas,
si no curan las heridas,
amansan los sufrimientos.
Mis penas son tan vulgares
como esas espinas duras
que erizan las espesuras
de todos los espinares.
Más hondas son que los mares
Más hondas y más sombrías
que un horizonte sin días,
pues no hay abismo tan hondo
como el abismo sin fondo
de unas entrañas vacías.

Dios me las hizo de fuego...
¿Por qué no les dio dureza
si quiso su fortaleza
probar golpe a golpe luego?
¿Por qué enriqueció con riego
de sementera de amores
huerto que sabe dar flores,

si luego le manda días
de matadoras sequías
y vientos asoladores?

¡Ay! Al llegar a las puertas
de la tarde de mi vida,
voz de los cielos venida
me ha dicho: «¡Ya están abiertas!
¡Entra y sigue, y no conviertas
la mente a tiempos mejores,
que en vez de aquellos amores
de santidades prístinas
verás las desiertas ruinas
del solar de tus mayores!»

«¡Mejor es cegar, Dios mío!
¡Mejor es ir paso a paso
cayendo hacia el propio ocaso
solo, con pena y con frío!
¡Mejor es ir al vacío
que a ruinas y sepulturas!
¡Mejores son las negruras
de la noche más sombría,
que las negruras del día,
que son dos veces oscuras!»

Así, loco de dolor,
dije con vil vocecilla...
¡Esto que tengo de arcilla
fue quien lo dijo, Señor!
Pero esto que es resplandor
de Ti, venido hasta mí,
cuando tu rayo sentí
bien sabes Tú que te dijo:
«¡Señor! ¡La frente del hijo
tienes rendida ante Ti!»

Con solo llorar mi suerte,
con solo dejar abierta
de tal herida la puerta,
muriera de triste muerte.
Mas, hijo yo del Dios fuerte,

me he resignado a vivir,
y voy dejándome ir
sobre el polvo de la senda
caminando a media rienda
por el campo del sentir.

Porque si rindo la frente
sobre las manos crispadas,
si hacia las ruinas sagradas
dejo que vaya la mente,
si de mi llanto el torrente
dejo que anegue mi vida,
si abriese más esta herida
que en lumbre de fiebre arde,
viviera como un cobarde,
muriera como un suicida.

¡Quiero vivir! Las dulzuras
de los gozados placeres,
con hieles de padeceres
se toman del todo puras.
Visión de mis desventuras:
¡Yo no te cierro mis ojos!
Camino de los abrojos:
¡yo no me cubro las plantas!
Cruz que mis hombros quebrantas:
¡yo te acepto sin enojos!

¡Quiero vivir! Dios es vida.
¿No veis que en vida convierte
la ancianidad que en la muerte
cayó con dulce caída?
¿No soy yo vida nacida
de vidas que a mí se dieran?
Pues vidas que en mí se unieran,
si vivo, no han de morir,
¡por eso quiero vivir,
porque mis muertos no mueran!

¡Y no morirán conmigo,
que el huerto de mis amores
está rebosando flores

que pinta Dios y yo abrigo!
¡Y atrás el cierzo enemigo
de esas mis vivas canciones,
pues son santos eslabones
de una cadena florida
para corona tejida
del Dios de las creaciones.

¡Quiero vivir! A Dios voy
y a Dios no se va muriendo,
se va al Oriente subiendo
por la breve noche de hoy.
De luz y de sombras soy
y quiero darme a las dos.
¡Quiero dejar de mí en pos
robusta y santa semilla
de esto que tengo de arcilla,
de esto que tengo de Dios!

EL EMBARGO

Señol jue, pasi usté más alanti
y que entrin tos esos,
no le dé a usté ansia
no le dé a usté mieo...

Si venís antiayel a afligila
sos tumbo a la puerta. ¡Pero ya s'ha muerto!

¡Embargal, embargal los avíos,
que aquí no hay dinero:
lo he gastao en comías pa ella
y en boticas que no le sirvieron;
y eso que me quea,
porque no me dio tiempo a vendello,
ya me está sobrando,
ya me está gediendo!

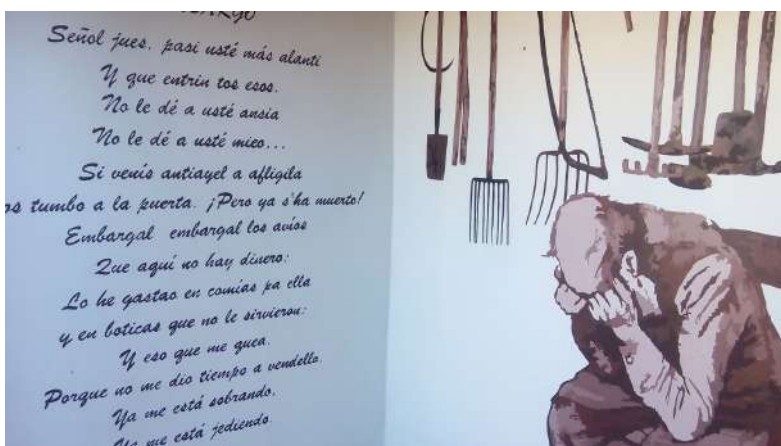
Embargal esi sachó de pico,
y esas jocis clavás en el techo,
y esa segureja
y ese cacho e liendro...

¡Jerramientas, que no quedí una!
¿Ya pa qué las quiero?
Si tuviá que ganalo pa ella,
¡cualisquiá me quitaba a mí eso!
Pero ya no quío vel esi sachó,
ni esas jocis clavás en el techo,
ni esa segureja
ni ese cacho e liendro...

¡Pero a vel, señol jue: cuidaíto
si alguno de éstos
es osao de tocali a esa cama
ondi ella s'ha muerto:
la camita ondi yo la he querío
cuando dambos estábamos güenos;
la camita ondi yo la he cuidiau,
la camita ondi estuvo su cuerpo

cuatro mesis vivo
y una nochi muerto!

¡Señol jue: que nenguno sea osao
de totali a esa cama ni un pelo,
porque aquí lo jinco
delanti usté mesmo!
Lleváisoslo todú,
todú, menus eso,
que esas mantas tienin
suol de su cuerpo...
¡y me güelin, me güelin a ella
ca ves que las güelo!...



Casa de Gabriel y Galan (Foto de Jacqueline Alencar)

CANTO AL TRABAJO

A ti, de Dios venida,
dura ley del trabajo merecida,
mi lira ruda su cantar convierte;
a ti, fuente de vida;
a ti, dominadora de la suerte.

Escucha cómo canta
la oscurísima voz de mi garganta
lo que tienes, ¡oh ley!, de creadora,
lo que tienes de santa,
lo que tienes de sabia y redentora.

Porque eres fuente pura
que manas oro de la hechida hondura,
fecunda y rica en mi canción te llamo;
porque eres levadura
del humano vivir, buena te aclamo.

Redimes y ennobleces,
fecundas, regeneras, enriqueces,
alegras, perfeccionas, multiplicas,
el cuerpo fortaleces
y el alma en tus crisoles purificas.

¡Señor! Si abandonado
dejas al mundo a su primer pecado
y la sabia sentencia no fulminas,
hubiéranse asentado
tumbas y cunas sobre muertas ruinas.

Mas tu voz iracunda
fulminó la sentencia tremebunda,
y por tocar en tus divinos labios
tornóse en ley fecunda
el rayo vengador de tus agravios.

Si de acres amarguras
extraen las abejas mieles puras,
¿cómo Tú no sacar de tu justicia

paternales ternuras
para la humana original malicia?

Fecundo hiciste al mundo,
feliz nos lo entregó tu amor profundo,
y cuando el crimen tu rigor atrajo,
nuevamente fecundo,
si no feliz, nos lo tornó el trabajo.

¡Mirad, ojos atentos,
toda la luz que radian sus portentos,
todo el vigor que en sus empresas late!
¡No hay épicos acentos
para cantar el colosal combate!

Mirad cómo a la tierra
provoca con el hierro a santa guerra,
desgarrando sus senos productores,
donde juntos sotierra
semillas, esperanzas y sudores.

El boscaje descuaja,
las peñas de su asiento desencaja,
estimula veneros, ciega fosas,
y el alto cerro cuaja
de arbóreas plantaciones vigorosas.

Abajo, en la ancha vega,
trenza el río sereno y lo despliega
en innúmeros hilos de agua pura
que mansamente riega
opulentas alfombras de verdura.

A veces, remansada,
la detiene la presa, y luego airada
la despeña en cascadas cristalinas
con fuerza regulada
que hace girar rodeznos y turbinas.

Mirad cómo los mares
abruma con el peso de millares
de buques que cargó con sus labores,

y a remotos lugares
manda de su riqueza portadores.

Mirad cómo devora
la distancia en la audaz locomotora
que creó gallardísimas y ligera;
mirad cómo perfora
la montaña que estorba su carrera.

Cómo escarba en la hondura
y persigue el filón dentro la oscura
profunda mina que el tesoro guarda,
como la inmensa altura
va conquistando de la nube parda.

Como el taller agita,
cómo en el templo del saber medita,
y trepida en las fábricas brioso,
y en las calles se agita,
y brega en los hogares codicioso.

Labra, funde, modela,
torna rico el erial, pinta, cincela,
incrusta, sierra, pule y abrillanta,
edifica, nivela,
inventa, piensa, escribe, rima y canta.

El rayo reluciente,
fuego del cielo, espanto de la gente,
ha tornado en sumiso mensajero,
que de Oriente a Poniente
lleva latidos del vivir ligero.

Al padre y al esposo
les da para los suyos pan sabroso,
olvido al triste en su dolor profundo,
salud al poderoso,
honra a la patria y bienestar al mundo.

Tiempos aún no venidos
del imperio triunfal de los caídos:
¡derramad pan honrado y paz bendita

sobre hogares queridos
que templos son donde el trabajo habita!

Tiempos tan esperados
de la justicia, que avanzáis armados:
¡sitiad por hambre o desquiciad las puertas
de alcázares dorados
que no las tengan al trabajo abiertas!

¡Vida que vive asida
savia sorbiendo de la ajena vida,
duerma en el polvo en criminal sosiego!
¡Rama sea o podrida
perezca por el hacha o por el fuego!

Y gloria a ti, ¡oh fecundo
sol del trabajador, alegrador del mundo!
Sin ofensa de Dios, que fue el primero,
tú el creador segundo
bien te puedes llamar del mundo entero.

EL CRISTU BENDITU

I

¿Ondi fueron los tiempos aquellos,
que pue que no güelvan,
cuando yo juí presona leía
que jizu comedias
y aleluyas tammién y cantarís
pa cantalos en una vigüela?
¿Ondi fueron aquellas cosinas
que llamaban ilusionis y eran
a'specie de airinos
que atontá me tenían la mollera?
¿Ondi fueron de aquellos sentires
las delicaezas
que me jizun llorar como un neni,
de gustu y de pena?
¿Ondi fueron aquellos pensarís
que jacían dolel la cabeza
de puro lo jondus
y enreaos que eran?
Ajuyó tuito aquello pa siempre,
y ya no me quea
más remedio que dilme jaciendo
a esta vía nueva.
¡Ya no güelvin los tiempos de altoncis,
ya no tengo ilusionis de aquellas,
ni jago aleluyas,
ni jago comedias,
ni jago cantarís
pa cantalos en una vigüela!

II

Pensando estas cosas,
que me daban ajogos de pena,
una vez andaba por los olivaris
que le ermita del Cristu roean.
Triste y aginao,

de la ermita me jui pa la vera;
solitaria y abierta la vide
y entrémi pa ella.
Con el alma llenita de jielis,
con el pecho jechito una breva
y la cara jaciendo pucheros
lo mesmito que un niño de teta,
juíme ampié del Cristu,
me jinqué en la tierra,
y jaciendo la crus, recé un Creo
pa que Dios quisiera
jacelmi la vía
una miaja tan sólo más güena.
¡Qué güeno es el Cristu
de la ermita aquella!
Yo le ije, después de rezali:
-¡Santu Cristu, que yo tengo pena,
que yo vivo tristi
sin sabel de qué tengo tristeza
y me ajogo con estos ansionis
y este jormiguillo que me jormiguea!
¡Santu Cristu quería del alma!
Tú pasastis las jielis más negras
que ha podido pasal un nacío
pa que tos los malos güenos se golvieran;
pero yo sigo siendo maleto
y a Ti te lo digo lleno de velgüenza
pa que me perdonis
y me jagas entral en vereea.
¡Tú, que estás en la Crus clavaíto
pol sel yo maleto, quítame esta pena
que aentru del pecho
me escarabajea...!
¡Jalo asina, que yo te prometo
jacelmi bien güeno pa que Tú me quieras!

III

¡Qué güeno es el Cristu
de la ermita aquella!
Pa jacel más alegri mi vía,

ni dineros me dio ni jacienda,
polque ice la genti que sabi
que la dicha no está en la riqueza.
Ni me jizu marqués, ni menistro,
ni alcaldi siquiera,
pa podel dil a misa el primero
con la ensinia los días de fiesta
y sentalmi a la vera del cura
jacidu fachenda.
¡Pa esas cosas que son de fanfarria
no da nada el Cristu de la ermita aquella!
Pero aquel que jaciendo pucheros
se jinqui en la tierra,
y, después de rezali, le iga
las jielis que tenga,
que se vaiga tranquilo pa casa,
que ha de dali el Cristu lo que le convenga.
A mí me dio un hijo
que paeci de rosa y de cera,
como dos angelinos que adornan
el retablo mayol de la iglesia.
Un jabichuelino
con la cara como una azucena,
una miaja teñía de rosa
pa que entavía más guapo paeza.
A mí me entonteci
cuando alguna risina me jecha
con aquella boquina sin dientes,
reondina y fresca,
que paeci el cuenquín de una rosa
que se jabri sola pa si se la besa.
¡Juy, qué boca tan guapa y tan rica!
¡Paeci de una tenca!
A vecis su madri
en cuerinos del to me lo quea,
se poni un pañali tendío en las sayas
y allí me lo jecha.
¡Paeci un angelino
de los de la iglesia!
Yo quería que asín, en coretis,
siempre lo tuviera;
y cuando su madri vuelvi a jatealo,

le igo con pena:
-Éjalo que bregui,
éjalo que puéa
raneal con las piernas al airi
pa que críe juerza.
¡Éjalo que se esponji un ratino,
que tiempo le quea
pa enliarsi con esos pañalis
que me lo revientan!
¡Éjamelo un rato
pa que yo lo tenga
y le jaga cosinas bonitas
pa que se me ría mientras que pernea!
¡Que goci, que goci,
to lo que asín quiera;
que pa jielis, ajogos y aginos
mucho tiempo quea!
¡Éjamelo pronto pa zarandealo!
Éjame el mi mozu pa que yo lo meca,
pa que yo le canti,
pa que yo lo duerma
al son de las guapas
tonás de mi tierra,
continias y dulcis
que paecin zumbíos de abeja,
ruíos de regato,
airi de alamea,
sonsoneti del trillo en las miesis,
rezumbal de mosconis que vuelan
u cantal dormilón de chicharra
que entonteci de gusto en la siesta
¡Miale cómo bulli,
miale cómo brega,
miale cómo sabi
óndi está la teta!
Si conocis que tieni jambrina
dali una gotera
pa que prontu se jaga tallúo
y amarri los chotos a puro de juerza.
¡Miali qué prontino
jizu ya la presa!
¡Miali cómo traga; mia qué cachetinos

mientris mama en el pecho te pega!
¡Mía que arrempujonis da con la carina
pa que salga la lechi con priesa!
¡Así jacin también los chotinos
pa que baji el galro seguío y con juerza!
Ya se va jartando. ¡Mía como se ríe,
miale cómo enrea!
Jasta el garguerinu
la lechi le llega,
porque va poniendo cara de jartura
y el piquino del pecho ya eja.
Quítalo en seguía pa que no se empachi
y trai que lo tenga
¡Clavelino querío del güerto!,
ven que yo te quiera,
ven que yo te canti,
ven que yo te duerma,
al son de las guapas
tonás de mi tierra,
pa que pueas cantalas de mozo
cuando sepas tocal la vigüela.
¡Venga el mi mocino,
venga la mi prenda!
Ven que yo te besi
con delicaeza,
ondi menos te piquin las barbas
pa que no te ajuyas cuando yo te quiera,
ni te llorin los ojos, ni arruguis
esa cara más fina que sea,
ni te trinquis p'atrás enojao
si tu padri en la boca te besa...

IV

Mujer, ¡mía qué lindu
cuando ya está dormío se quea!
¿Tú no sabis por qué se sonríe?
Es porque se sueña
que anda de retozus con los angelinos
en la gloria mesma...

V

¡Qué guapo es mi neni!
¡Ya no tengo pena!
¡Qué güeno es el Cristu
de la ermita aquella!



ARA Y CANTA

I

Labriego, ¿vas a la arada?
Pues dudo que haya otoñada
más grata y más placentera
para cantar la tonada
de la dulce sementera.

¿Qué has dicho? ¿Que el desgraciado
que pasa el eterno día
bregando tras un arado
jamás cantó de alegría
si alguna vez ha cantado?

Es una queja embustera
la que me acabas de dar.
¿No sabes que yo sé arar?
Pues déjame la mancera,
y oye, que voy a cantar:

II

Labriego poco paciente:
si crees que solo tu frente
vierte copioso sudor,
que sorbe innúmera gente,
sal de tu error, labrador.

Lo dice quien es tu hermano,
quien canta tu lucha brava,
lo dice quien por su mano
siega la mies en verano
y el huerto en invierno cava.

¿Qué sabes tú del tributo
que el mundo al trabajo rinde,
ni qué sabes de su fruto,

si no has transpuesto la linde
del terruño diminuto?

Si el mundo aquel te impusiera
yugos que impone al mejor,
pensaras que tu manquera,
si no es la más llevadera
tampoco es la cruz mayor.

Te quema el sol del estío,
te azota el viento de enero
y aguantas en el baldío
los hálitos del rocío
y el golpe del aguacero.

Dura y perenne es la brega
que pide riegos la vega,
que pide rejas la arada,
que pide gente la siega,
que el huerto espera la azada.

y es trabajoso el descuajo,
y abrumador el destajo
y a veces nulo el afán...
¡Y tal vez es el trabajo
más duro que blando el pan!

Todo es verdad, labrador;
pero en esos horizontes,
y en esas siembras en flor,
y en estos alegres montes,
¿no hay nada consolador?

¿Todo negro es tu destino?
¿Todo el vivir te envenena?
¿De abrojos horribles llena
todo el árido camino?
¿Toda ingrata es la faena?

¿No sabes tú, labrador,
que hay frente que el tiempo arruga

escaldada en un sudor
que sana brisa no enjuga
con soplo consolador?

¿Sabes que hay ojos que ciegan
laborando en la penumbra,
mientras los tuyos se entregan
al piélago en que se anegan
de la luz que nos alumbra?

¿Sabes qué ambientes malsanos,
si no venenos letales
marchitan pechos humanos
con corazones leales
del tuyo dignos hermanos,

mientras tu pecho sanean,
y equilibran tus sentidos,
y tus sudores olean
ricas brisas que pasean
por estos campos floridos?

¿Quieres en un mundo verte
con bravas agitaciones,
con injurias de la suerte,
con bárbaras tentaciones
y duelos, sin sangre, a muerte?

¿Qué sirena engañadora
hasta aquí a decirte llega
que en la ciudad bullidora
ni se reza, ni se llora,
ni se sufre, ni se brega?

¿Qué espíritu engañador
o torpe decirte quiso:
«Llora y suda, labrador,
que el mundo es un paraíso
regado con tu sudor?»

Fuera más útil y honrado
decirte quién ha arrancado
de las entrañas de un cerro
este pedazo de hierro
de la reja de tu arado.

Decirte que hornos ardientes
fundieron humanas frentes
cuando este hierro ablandaron,
y que en su masa cuajaron
sudores de hermanas gentes.

Ara tranquilo, labriego,
y piensa que no tan ciego
fue tu destino contigo,
que el campo es un buen amigo
y es dulce miel su sosiego,

y es salud el puro día,
y estas bregas son vigor,
y este ambiente es armonía,
y esta luz es alegría...
¡Ara y canta, labrador!



REGRESO

I

Estuve en la ciudad. Vi la materia
brillar resplandeciente,
correr arrolladora,
sonar dulce y rugiente
y en la vida imperar como señora.
Reina del mundo, la ciudad entera
su esclava fiel, su adoradora era.
Los sabios peroraban
del aula en la trinchera,
en defensa del ídolo que amaban;
los coros de los hijos del Parnaso
coplas sublimes en su honor cantaban,
obstruían el paso
en plazas y jardines y museos
las estatuas alzadas a la diosa,
soberanos trofeos
que falange de artistas victoriosa
le rindió generosa
del ingenio de artísticos torneos;
y la gran muchedumbre
de libres ciudadanos de rodillas,
en hábito de eterna servidumbre
que no le pagan sus eternos amos,
entonaban su canto de costumbre:
«¡Te adoramos, oh diosa, te adoramos!»

Estuve en la ciudad y vi los sabios.
Fui dispuesto a escucharles de rodillas,
sin que allí mis palabras de hombre rudo
salieran de la cárcel de mis labios,
que en ellos hizo la ignorancia un nudo.
En su alas la fama vocinglera
llevó dos o tres nombres
al oscuro rincón de mi morada
que augusto templo del silencio era,
y una noble ambición que hay en los hombres
me hizo salir de mi rincón querido,

y a oír la voz que del saber es puerta
fui con el alma abierta
puesta debajo del abierto oído.
A entender los misterios fui dispuesto
de la vida y del mundo,
la fuerte base del obrar modesto,
la clave oscura del saber profundo,
la oculta vía del vivir sin brillo,
la esencia arcana del amor honesto,
la regla simple del pensar sencillo...
iba a aprender, sin tortuosos modos,
la fórmula del bien, los soberanos
conceptos graves del amor de hermanos
que nacimos de Dios, padre de todos;
y rasgadas las brumas que embarazan
la alta visión con su tupido velo,
iba a saber el punto en que se enlazan
la senda de la vida y la del cielo.
Y así como la abeja,
libado el polen, de la flor se aleja
y toma a elaborar el néctar puro
de su colmena en el recinto oscuro,
yo, conduciendo de placer henchido
mi carga de saber, carga de oro,
de los sabios tomada en el tesoro,
a las dulzuras del rincón querido
contento volvería
a labrar con el polen adquirido
miel de sabiduría...
¡Oh fama vocinglera!
¡Cuán fácil es el viento que te guía,
y tu sonora voz, cuán embustera!
La gran sabiduría nunca ha sido
música del oído,
torrente de palabras que allí cae
donde un hueco encontró, como el sonido,
que el viento que lo lleva se lo trae.
Ni es orgullo que ciega,
ni es encono que grita,
ni estéril voz que apasionada niega,
ni desprecio del bien que al mal invita.
Ni tampoco almacén abarrotado

de innúmeras ideas
que pueril vanidad ha amontonado
para que tú, ¡oh adulator!, las veas,
y tú, Fama veloz, vuelas y cantes,
y tú, varón sencillo, oigas y creas,
y os asombréis vosotros, ¡oh ignorantes!
No, no; sabiduría,
en la noche del mundo tan sombría,
es estrella que alumbra,
brazo amigo que guía,
no relámpago breve que deslumbra
ni mano malhechora que extravía.
¡Oh tú, Fama embustera!
No alborotes las plácidas mansiones
donde quiere la vida ser sincera:
¡tienes otras regiones
donde suenan mejor tus huecos sones!
No vuelvas a mi casa: está cerrada
y en ella encarcelada
tu enemiga mortal, la Verdad ruda,
que no sale a la calle
porque nadie la quiere ver desnuda.
Y vosotros, ¡oh sabios!, cuyos nombres
no saldrán de la cárcel de mis labios,
una noble ambición que hay en los hombres
me trajo a vuestro pies... ¡Adiós, oh sabios!

Estuve en la ciudad y vi la vida.
Es ligera y hermosa,
del modo que es hermosa y es ligera
la ingrátida, la leve mariposa
que nace, vive y muere en primavera.
Y así como el insecto primoroso,
visitador inquieto de las flores,
más parece nutrirse de colores
que de polen sabroso,
la vida ciudadana
de la flor del placer fiel cortesana,
no se acercaba a ella
con aguijón de abeja laboriosa,
sino con frágil ala lujuriosa,
de mariposa bella.

¡Qué de prisa las horas sin regreso
rodaban por encima de los seres!
¡Qué nervioso el avance del progreso;
qué fuertes los placeres;
las fiestas, qué brillantes;
qué hermosas las mujeres
y los hombres, qué cultos, qué elegantes!
Lo que sabe el varón adusto y grave
que en el pobre lugar pasa por sabio,
cualquiera allí lo sabe;
por eso es elocuente todo labio,
porque los abre del saber la llave.
Conocen allí todos
los secretos del Arte y de la Ciencia;
saben de varios modos
faltar a la verdad con elocuencia;
saben negar, audaces;
saben reír, satíricos feroces;
saben gustar, voraces,
las mieles de las mieles de los goces,
y saben ser flexibles, distinguidos,
hablar con gran finura
y obrar con gran descoco...
¡Saben vivir unidos
amándose muy poco!
¡El saber, el saber! Ése era el lema,
la aspiración suprema
de la vida veloz que se vivía.
¡Se estudiaba el amor como un problema!
Y yo también quería
ser un sabio de aquellos que admiraba,
mas no lo quiso la fortuna mía.
Ufano contemplaba
montón de ideas mi cerebro hecho;
pero, ¡ay!, se me olvidaba
en qué lado del pecho
mi corazón encadenado estaba.
Sensible corazón que ahora palpitas
al fuego del amor que ya te quema:
¿para qué pude yo necesitarte
donde el cerebro fabricaba el Arte
y estudiaba el amor como un problema?

Yo pasaba los días presurosos,
entre sabios famosos,
y las noches pasaba entre poetas.
¡Qué días tan ruidosos!
Y las noches, ¡qué estériles, qué inquietas!
Y después de vivir la fácil vida
que una noble ambición, humana y santa,
me pintó de grandezas toda henchida,
ni ella me dio sabiduría tanta
como a cualquiera le infundió Natura,
ni a cantar aprendí con más dulzura
que la que puso Dios en mi garganta.

II

Pero ya estoy aquí, campos queridos,
cuyos encantos olvidé por otros
amasados con miel y con veneno.
¡Pequé contra vosotros!
¡Recibidme otra vez en vuestro seno!
Yo te conozco, solitario monte;
te cantaré de nuevo, patria mía;
beber quiero tu luz, ancho horizonte;
gozar quiero tu paz, ¡oh mi alquería!
Mis hijos inocentes
beben el agua de tus puras fuentes,
nutren su cuerpo con el pan sabroso
que produce tu suelo generoso,
tuesta sus puras frentes
la lumbre pura de tu sol caída,
y me los hinchan de salud y vida
los céfiros sedantes y serenos
que vienen de tus grandes encinares,
que vienen de tus mieses y tus henos,
que vienen de tus ricos tomillares...
Aquí no vive la materia inerte
esa vida que presta el artificio,
estéril disimulo de la muerte.
Viven aquí las cosas
porque en su entraña cada cual encierra
la del vivir intimación divina

que a ti te ha dado jugos, fértil tierra,
y a ti te ha dado savia, vieja encina.
Yo admiro la hermosura,
la soberana esplendidez grandiosa
que Augusta ostenta sobre sí Natura;
pero ella es criatura,
no puede ser mi diosa;
y aunque canto postrado de rodillas,
delante de sus grandes maravillas,
que son del mundo hechizo,
yo sólo adoro en ella
la mano soberana que la hizo...
¿Y quién no besaré la mano aquella
que ha sabido crear cosa tan bella?

Hombres de mi alquería,
custodios fieles de la hacienda mía:
los que vais encorvados
detrás de los arados
desgarrando los senos de mis tierras;
los que del hierro de la paz armados
abatís la esperanza de mis sierras;
los que andáis sin hogar, solos y errantes
guardando mis ganados noche y día;
los de mis montes fieles vigilantes;
los de mi casa honrada compañía;
los que colmáis de frutos diferentes
mi casa, mis laneros,
mis templados establos, mis graneros
y mis anchos pajares bienolientes...
Mayorales, gañanes y renteros,
cabreros y pastores,
colonos y yegüeros,
guardas y aperadores,
montaraces, zagales y vaqueros...
¡todos los hijos del trabajo rudo
que regáis con sudor la hacienda mía...,
salid a recibirme! ¡Yo os saludo
y os bendigo en la paz de la alquería!
Vengo a anudar el hilo
roto en mal hora del vivir tranquilo;
a humillar, cual vosotros, la cabeza

al yugo del trabajo cotidiano,
fuente de la riqueza,
padre providencial de la pobreza,
sal del vivir humano.
Que rueden por la mía,
como ruedan también por vuestras frentes,
las de honrado sudor gotas ardientes
que cuesta el pan del día,
y que sepan mis hijos inocentes,
cuando puedan mirar hacia el pasado,
que el pan sabroso que los ha nutrido
era pan amasado
con gotas de sudor por mí vertido.
Desciendan por mi frente
del sudor del trabajo los raudales
y bañen mi pupila distraída,
que esos son los cristales
a través de los cuales
debemos todos contemplar la vida.
¡Hijos humildes del trabajo honrado!,
yo la vuestra contemplo
como el más alto ejemplo
del vivir generoso y resignado;
y vuelvo a vuestro lado,
porque todo lo bueno que he aprendido
vuestro grave vivir me lo ha enseñado.
Yo traigo, en cambio, el corazón henchido
de anhelos puros, de doctrinas buenas
y de costumbres santas,
y vengo hasta vosotros decidido
a derramar el bien a manos llenas,
porque el Dios que me dio riquezas tantas
diome con ellas el mayor tesoro
que recibí de su divina mano:
¡un corazón de oro
que de todos los hombres me hace hermano!

Y tú, vida serena
de la blanca alquería,
de artificios vacía
y de vigores naturales llena...
Tú, soledad amena,

del encinar cargado de reposo,
donde flota un ambiente religioso
que de dulzor, ¡oh alma!, te enajena,
y un bienestar sabroso
que a ti, mortal escoria, te encadena
al placer de un vivir tan deleitoso...
Tú, feliz compañía
de la fe, del amor y del trabajo,
las tres que el alma mía
virtudes altas a la vida trajo...

Tú, silencio elocuente
que en el del campo bienhechor asilo
hablas grave y severo,
sabio maestro del pensar prudente,
padre fecundo del amor tranquilo,
fiel confidente del sentir austero...
Y tú también, jugosa poesía,
de este rico soñar del alma mía,
de este vivir en el hogar templado,
de este cantar en la alameda oscura,
de este dormir en el regazo amado
de la conciencia pura
que arrulla el sueño del varón honrado:
¡dejadme respirar esta frescura
de vuestro ambiente que a vivir convida,
que yo quiero vivir y ésta es la vida!

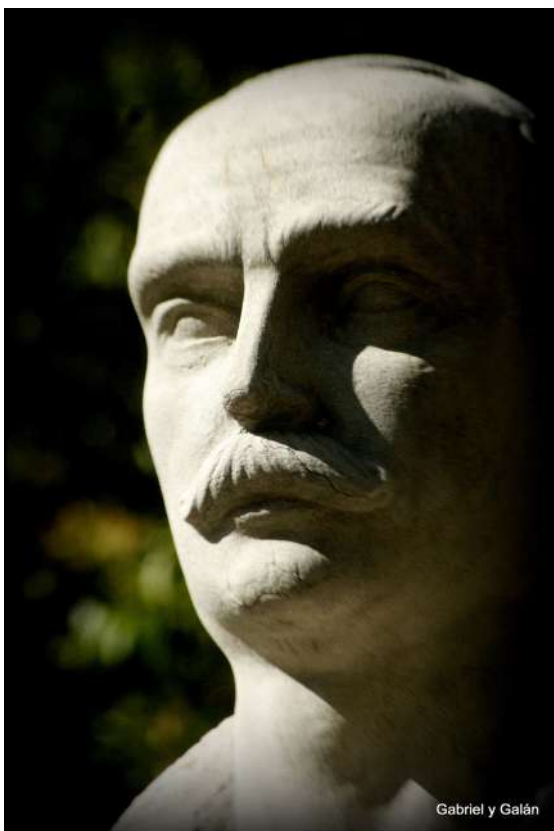
Y vosotros, los anchos horizontes,
los blancos caseríos,
los valles y los montes,
las fuentes y los ríos,
los áridos y grises labrantíos...,
la sombra de la encina,
la música del aire dulce y queda,
y el cantar de la honrada golondrina
y el ruidoso hojear de la arboleda...
El agua de la poza cristalina,
las guindas de mi huerto delicioso,
sus ricos toronjiles y albahacas,
el pan de mis pastores, tan sabroso,
la leche vadeante de mis vacas...,

¡regaladme con goces repetidos,
que os esperan, abiertos, mis sentidos!

Yo daré cuanto tengo,
que a derramar entre vosotros vengo
pedazos de mi ser a manos llenas:
para ti, mi sudor, hacienda mía;
para ti, mis cantares, Patria hermosa;
para vosotros, sangre de mis venas,
hijos amantes y adorable esposa;
para los hombres cuyas rudas manos
colman mi casa de riquezas tantas,
pan abundante con doctrinas santas
y el nombre sabrosísimo de hermano;
para el mal que a la lucha me provoca,
los de luchar inacabables modos;
para el Dios de la Cruz, mi fe de roca,
y el amor de mi alma, para todos.

¡Bendita, ¡oh Patria!, seas, que me has dado
uno en tu seno bienhechor asilo
para morirme en el vivir honrado
que es el secreto de morir tranquilo!

PARA JOSÉ MARÍA GABRIEL
Y GALÁN
(Ofrenda poética)



José María Gabriel y Galán



JOSÉ LUIS PUERTO

CAMPOS DE SALAMANCA

(para José María Gabriel y Galán)

En tus versos se halla
La melodía antigua de la tierra
Y de los seres todos que la habitan
Y la habitaron antes
En la senda callada de los siglos.
Las dilatadas dehesas salmantinas,
Los montes ondulados
En su oleaje eterno
De silencio y de música.
Las labores calladas y sufridas
De nuestros campesinos,
El pastor, el zagal, el mayoral,
El caballista que conduce
El ritmo cotidiano de los toros,
Y el ama que preside, matriarcal,
La vida misteriosa
Y humilde de los días.

Campos de Salamanca,
Moteados de encinas
Con ramajes extensos y callados,
Con dilatadas copas protectoras,
Refugio de los siglos,
Lo perenne se encuentra en vuestro espacio,
También lo misterioso,
Así como las huellas
De las labores de nuestros sufridos
Y humildes campesinos.

Viva la lentitud de los arados
Que trazan geometrías en la tierra

Para acoger la luz de las semillas;
De los ganados que en la dehesa pastan,
Los bóvidos antiguos
Presentes en los ritos
De la vida y la muerte.
Viva el sonar pausado
De cencerros y esquilas;
El toque evocador de la campana
De la alquería para el rezo
Del ángelus y de las oraciones.
Y viva el corazón de nuestra tierra,
Salamanca perenne, Salamanca.

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

Hay un lienzo en tal vez la memoria de los hombres
el más hermoso bosco que la historia atesora
en donde llora un poeta el embargo del mundo
pero escribe su luz;
apenas entrevisto en un rincón del cuadro
ha arribado a sí mismo circundado de vida
y del aire y la tierra y del fuego y del agua
ha aprendido la voz:
la montaraza el campo el amor y dios mismo
la madre el sol la tarde la sequía y el espino
el dolor la esperanza el silencio y el trueno
la patria y su desdén;
colores pinceladas bosquejos de un presente
que encuentra en la verdad sus cataclismos:
la boda el catecismo y teresa de ahumada
una nube y el ama la galana y el cristo
don juan el hambre el rey la angustia de estar triste
la última oración;
en todas partes todos y en todos toda cosa:
cantar de las chicharras llamarse ana maría
sementera al relente o en el baile del corpus
el alma de las charras guijo de granadilla
y en la boca el lamento del jurdano sin voz:
extremadura...
Pinta escribe dibuja engarza sueña grita
mira llora desboca la razón verso a verso:
un lienzo interminable de palabras
donde el pintor engasta cada trazo;
la vida que se vive y el poema que la dice
el hombre que la escribe y el nombre que lo nombra:
José María Gabriel y Galán.

MARCELO GATICA

UNA PALABRA VIVA

*Yo te conozco, solitario monte;
te cantaré de nuevo, patria mía;
beber quiero tu luz, ancho horizonte;
gozar quiero tu paz*

José María Gabriel y Galán

No hay caso
somos árboles de barro
volvemos a la patria materna
al cerro de piedra
formado a través
del silente hilo de la lengua.

José María,
regresas al origen del huerto
al camino de tu mundo de piedra,
pese a los tabuladores sordos
tus versos se multiplican como
la expansión de los horizontes
sin fin de Castilla.
Regresas
a cosechar el fruto de tus vocales
a tu campo que permanece
guarecido bajo el horizonte
de una palabra viva.

SOLUCIÓN POSIBLE

«Purísimas atmósferas etéreas...»

Gabriel y Galán

En barbecho tenemos hoy las almas:
olvidamos el amor de Ceres,
sementera de ideas hoy nos falta,
que sean de verdad y no de plástico.
La visión de los profundos cielos,
de los dioses silentes por sobre la besana,
no adoraciones necias de perversas imágenes,
ni tortuosos modos de fama vocinglera.
Nos engañan colores sin el oro de las mieses,
en este nuestro tiempo sin sentido,
mientras tú, gran Maestro, nos enseñas
el poder de las simientes olvidadas.
Nos ofreces los jugos de la tierra
y la gloria de ver volver a Natura.

TOMÁS ACOSTA PÍRIZ

A GABRIEL Y GALÁN

Como el agua cristalina cuando nace
escuchamos en mi escuela tus palabras
y en el pueblo, en los seranos junto al fuego
de otras bocas tus versos se hacían noria.

Tú eras la tierra en la que labraban todos
y todos eran el mundo en el que arabas
salpicado por tus lágrimas sinceras.

Aún llegan esas voces campesinas
que nacieron en las tierras extremeñas
bordadas en poesías y oraciones
que tus labios salmantinos pronunciaron.

Cuantas veces en los corros infantiles
deletreamos aquel «mi vaquerillo»
y las horrendas tarántulas del miedo
coronaron la memoria para siempre.

Cuantas veces percibimos la caricia
con aquella bendita ama de tus glorias
o la carta a la apreciable Ana María.

Voy sintiendo la nostalgia de tus versos
los primeros que sonaron por mis labios
los primeros que supieron de ese Cristo
que en tu fe se derretía en los poemas.

SED BUENOS COMO HASTA AQUÍ (en la casa de Gabriel y Galán en Piedrahita)

*«...y cuando de mí estéis lejos,
sed buenos como hasta aquí,
y no olvidéis mis consejos
aunque os olvidéis de mí»*

(Poema autógrafo de Gabriel y Galán en el dorso
de su fotografía con sus alumnos de Piedrahita)

La casa de dos pisos, que un día fue del Duque.
De la maja vestida.
De la maja desnuda y el pintor
de la luz y la sombra. Y la barbarie.

La casa del maestro,
Buena piedra cortada.
Y amor. Y pedagogía.
Y en el monte prodigios amarillos
y rojos en otoño.

Sed buenos y no más,
dijeron a Machado en el colegio.
Buenos como hasta aquí,
dejó escrito el maestro Gabriel en Piedrahita.

Amén, amén, amén...
¡Que la memoria apunte nuestros nombres!

Ya no queda ninguno de los quince.
El orín de los días, el tiempo los llevó.
Pero queda la foto del maestro.
El eco de su inquieto caminar
por calles y caminos
de la casa a la Virgen de la Vega.

La voz del solitario.
Su silencio de amor en la tertulia.

En el pilón el agua
mira fluir la vida.
En la montaña el viento
hace al árbol cantar en soledad.

Piedrahita, 2019



A JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

*«Dejadme respirar esta frescura
de vuestro ambiente que a vivir convida,
que yo quiero vivir y ésta es la vida»*

Poeta de levaduras,
de sementeras y aradas,
de vidas desheredadas,
de blancos y negruras.
Pisando firme caminas
por tu Castilla dorada,
madre humilde y abnegada
esculpida en tus retinas.
Cantor de noches fecundas,
de días de arcilla santa,
del cielo azul que amamanta
tus vivencias más profundas.
Niños, amos y gañanes,
mozas, labriegos, ancianos,
pasan todos por tus manos
desbrozando sus afanes.
Versos de rústica paz,
de hierba en piedra escondida,
de tanto amor sin medida,
de penares sin disfraz.
¡Ay quien tu sentir sintiera!
¡Ay quien tu soñar soñara!
¡Ay quien tu alma habitara!
¡Ay quien con tus ojos viera!

JULIÁN MARTÍN MARTÍN

GRACIAS...

Porque rimaste la bondad del cielo.
Por escribir debajo de una encina.
Por cantarle a la rústica colina
y desde Frades elevar tu vuelo.

Por hacer un edén de nuestro suelo
entre mieses, regatos y pamplinas,
y poner en la humilde clavelina
un despertar de luminoso anhelo.

Por dejarnos prendidos en los ojos
el amarillo mar de los rastrojos
y el gozo presentido del barbecho.

Y en la gente sencilla, pura y llana,
la grandeza del habla castellana
clavada como espigas en el pecho.

Carrascal del Obispo, 8 de febrero de 2020

*Desde mi tierra (que fue casi la suya) al recuerdo,
siempre presente, de José María Gabriel y Galán.
Y para su eternidad en Guijo de Granadilla.*

ANTÓNIO SALVADO

SOL D' IDEIAS

*À memória de
José María Gabriel y Galán*

Tranquilamente arou o campo fértil
da sua terra em cânticos à vida:
um sol d' ideias na negrura triste
de desprazeres como sombra à espera.

E se o cantar brotado dolorido,
apelava p' ra Deus, fonte perene
d' águas puras, e um veio de alegria
soava em sua lira ao sonho aberta.

Ao sonho, pois sonhar deu-lhe o segredo
de destruir torpores ao destino
e acalentar desolações e gelos...

Sonantes aleluias foram timbre
à sua placidez: tal peregrino
que fez do verso a senda a percorrer.

JOSÉ MANUEL FERREIRA CUNQUERO

POETA DEL PUEBLO Y DE LA TIERRA

*A Conchita San Román y Pablo Serrano,
que recitaron como nadie la poesía de Gabriel y Galán,
y a José María Sánchez Terrones por continuar
con tanto afán su estela.*

En el rito la palabra es ofrenda,
vieja luz que, en su corazón ardiente
rozado por el agua y la simiente,
busca en el verso amor que luego encienda

cuanto tiene en el surco y en la senda,
en el sol que arica al alba, en su frente,
el ritmo musical que suavemente
va sembrando los surcos y la hacienda.

En brote, el poema arde como lumbre
cual beso que de pronto nos aferra
a la noble heredad de la costumbre,

calma paz de la tarde envejecida
que hurga en Frades, buscando por la tierra,
quién sabe si unos versos o la vida.

JUAN CARLOS MARTÍN

CANCIÓN DEL QUE QUIERE VIVIR

*¡Quiero vivir! A Dios voy
y a Dios no se va muriendo...*
J. M. Gabriel y Galán, *Canción*

Te hicieron creer que vas a Dios
cuando emprendes la cuesta de las penitencias,
cuando te sientes ducho en el mercadeo de rezos por perdones,
cuando cambias canciones por endechas
o imaginas tener la clave para sobornar al Justo.

Te dicen que vas a Dios muriendo,
que, si renuncias a sus regalos,
desprecias tus ajuares
y embarras la luz con cera,
harás suave la subida.

Muchos hubo siempre dispuestos a guiarte,
dando vueltas en el breve perímetro de sus pozos,
te enseñaron trucos de espirales mágicas de ascenso,
a precio de muerte, pero siempre la tuya.

Tanto has invertido en el ir, muriendo,
que no te atreverás a mirar al sol
más dulce, el que alumbra la verdad:

A Dios no se va,
a Dios se le recibe.

VUESTRA PAZ ERA IMAGEN DE MI VIDA

*Quando tiendas tu vista por las cumbres
...acuérdate de mí.*

Sigue siendo esta tierra castellana,
el lugar donde crecen las espigas,
al cielo se rinde tu plegaria,
como humilde pan, para el espíritu.
La semilla que plantaste, dio su fruto,
tú el hombre tranquilo,
el del alma del pueblo llena,
que supo cantar los dones,
que la naturaleza encierra.
Deseaste de la vida lo sencillo,
tener bienestar y a Dios,
protegiendo casa y hacienda,
y en el henchido pecho,
aroma de jara y tomillo,
de las aves, su gorjeo
y del rumor del agua, el contento.
Quiero devolverte a la tierra que amaste,
en tu canto, lo sagrado,
de las cumbres el asombro,
en ascenso la mirada,
y de la vida que late bajo el cielo,
nombrarte hacedor de su lenguaje
y su poeta.

JOSÉ PULIDO NAVAS

PRIMER POEMA

Abro el viejo libro y allí está el poema
con el escueto dibujo en blanco y negro que lo ilustra:
–Enciclopedia Álvarez. El Embargo– Leo
y vuelve a mí el niño que inicia la lectura,
que todavía no entiende el desgarrar ni la muerte
y descifra las extrañas palabras del dialecto
–«No le dé a usted ansia, no le dé a usted mieo»–
Palabras afiladas y certeras, implacables
a la puerta de la casa vacía,
de la cama que aún guarda el olor del cuerpo ausente.
Junto al hombre que lo ha perdido todo
y quienes vienen a llevarse hasta el último harapo.
El niño mira la pizarra negra del dolor,
se asoma al mundo de una cruel ternura,
del amor condenado al desconsuelo
y la pérdida,
al destino que un día será el suyo.
Al final del poema lee un nombre:
José María Gabriel y Galán.
Todavía no lo sabe, pero ha dado el primer paso
a la poesía, como el más fiero aprendizaje
de lo humano y su misterio. El poema
en carne viva que ya nunca le abandonará.

DE TI ME ACUERDO

a José María Gabriel y Galán, poeta

*Cuando tiendas tu vista por las cumbres
de esas sombrías y gigantescas sierras
que estas tierras separan de esas tierras,
acuérdate de mí; (...)*

José María Gabriel y Galán

Porque la vida te parió al paisaje
de esta herencia de sierras y extravíos
hoy abrazo tus versos con los míos,
porque de ti me acuerdo.
Con Salamanca en pie, Frades te sueña
poeta en el embrujo de su cuna,
bendecido del sol y de la luna,
porque de ti me acuerdo.
Amalgama de luz, cumbres y encinas
enraizadas al beso de la piedra
donde tu boca en paz vuelve a ser hiedra,
porque de ti me acuerdo.
Cuando el amor te pronunció emigrante,
mal de esta tierra castellana y dura,
te hermanaste al decir de Extremadura,
porque de ti me acuerdo.
Allí embriagaste el cielo con la impronta
de tus labios de místico poeta
embebido en versar tu alma de asceta,
porque de ti me acuerdo.
Que no te asalte el miedo a que el olvido
le niegue al mundo el brío de tu verso,
que tu palabra es mágico universo,
porque de de ti me acuerdo.

FECUNDIDAD

*una cuna de helechos a la puerta
y una mujer que ante la cuna canta...*

José María Gabriel y Galán

Acontecido el fruto,
mudada en madre su serena piel,
germina en lo profundo la mujer.

Hinca en la savia su mordido talón,
crece potente desde su semilla.

Mujer en alborada
que esparce su perfume,
que nutre en nívea y esférica pureza
al diminuto cuerpo todo labios.

Mujer de honesta tierra
que mana de la hondura
de saberse pilar inquebrantable
en la fragilidad de lo diario.

Mujer de mayo y nieve,
de cincel y de espuma,
dulce soplo encendido en lo sagrado
para templar el liminar momento.

La vida y sus mañanas
nubladas por el miedo,
los hombres y sus puños,
los ocasos, las siegas
no doblagan el tronco a la mujer.

Asido el hijo a su pétrea cintura,
arrostra las tormentas.

Y en sonoro silencio,
lava con luz la sólida belleza
de su callada y misteriosa entrega.



EL POETA

*«Una noche solemne de Junio
una noche de Junio muy clara»*

José M.^a Gabriel y Galán

Atravesando tierra adentro ha llegado
hasta la cumbre más alta
de todas las cicatrices del mundo.
Lleva años atado a las lanzas y molinos
hundidos de tanto vivir; aprendió de todo
lo creado desafiando y deletreando nombres.
Cada día vuelve a perforar los campos,
nuestros campos Castellanos, dejando
el sendero marcado por el reflejo del sol.
Encontró el lugar perdido en las espaldas
de todas las distancias, llegando días,
confundiendo el aire con vientos huracanados,
dejando el entorno en penumbra, el color
de los atardeceres de esta tierra nuestra.
... Y llegó a la espesura del lenguaje, entre
palabras que desnudan la sequedad del alma,
esa necesidad apacigua el dolor al hallar
la fuente donde el agua fluye su libertad.
La mente, el corazón del poeta, toman impulso
y encuentran en cada palabra el bautismo
de su mejor poema. Sin delirio de miradas
más arriba del vuelo de los pájaros,
donde el sueño comienza a ser celeste...
Sombra y luz, luz y sombra,
y los caminos ligados también a la vida:
«Pues la vida que tu aquél día ofreciste,
es la que mi cuerpo / buscó siempre».

ARQUITECTURA BARROCA DE LA JUSTA

*La blanca luz de la luna
luchaba con la del alba;
la de la luna perdía;
la de la aurora ganaba.*

(GABRIEL Y GALÁN.
Las represalias de Pablos)

Como si lejos ardiera el agua
y al detenerse el vaho, tu boca
abriese un haz, Peloponeso de esferas,
así me creo, fugaz, arquitectura en sílex,
reductible y sifón de cada noche,
halo lunar por el costado leso.

Y si el invierno es fuego aún más
el quiebro quieto del fular del norte
y la crin nevada de tu solsticio ardiendo,
el hielo en llamas de tu titán en lino.

Y si la flor es leve, líquida y solar
o piel de Venus que acuarela fugaz
con mimo fortalece, entonces simas
de oropel, arcada tibia de agujas
o araña frutal en que la noche vence;
así es el juego de cortinas que se elevan,
telas negras, como insectos, de desván
que en luz creciente la derrota fingen.

AÍDA ACOSTA

QUERENCIA

... como los campos de mi amada tierra...
El Ama de Gabriel y Galán

Pensar las nubes
y acomodarlas como dóciles palomas
entre las manos:
blancas, grises, negras.
Sentir la tierra, su olor profundo
trenzar el trigo como surcos de sol.
Amasabas así el viento
suaves las horas como puñados
de verdes olivas,
adornando los vértices
de grullas encendidas y calles abiertas,
pronunciaste entonces las encinas
palabras-raíz
y las piedras coronadas
de jaras y carquesas
se transformaron en aquellos pupitres del recuerdo
donde trenes apretados de centeno
y lavanda ondeaban letras.
Espigaste los nidos de la memoria
como un salmo de pájaros.
Después fue todo nieve.
Veredas de precipicios blanquísimos
ocultaron los caballos del mañana.
Como pastor el tiempo arremolinó las horas
hizo que tu sangre helada
se diluyera en otra luz
más lejana.

VICTOR OLIVEIRA MATEUS

CIDADE INCOMPLETA

*Deja, oh rico!, comer lo que te sobre,
porque algo más que un perro será un pobre,
y tú no querrás ser menos que un lobo.*

José María Gabriel y Galán, *A un rico*

Se a cidade se impõe pelos excessos
de farta luz, pela abundância
de risos, de ruídos,
desses desmandos com que me cruzo,
rua após rua, na voracidade
de um tempo sem contornos.

Se a cidade não é mais do que este enfeite
com que os possidentes se convencem,
enquanto desenham seu desnorte
e as sobras apodrecem nos intervalos da fome.
Então, não é cidade nem é nada,
mas rumo sem glória nem meta;
estação inacabada,
vereda incompleta.

OTRO VIAJE DEL POETA

Algunos años después de su olvido volvimos a la casa del poeta y en aquella ruina Manuel Díaz Luis acabó un paquete de ducados en aguardiente, recordando *el hogar en que se funda la dicha más perfecta*.

Paco Mata abrió jureles de madrugada y en el jardín,
la entresierra inspiraba acordes entre Quilamas.
Éramos desvencijados, huecos, largos, atrevidos para proponer
otro viaje del poeta Gabriel y Galán entre viejos en la tarde,
éramos locos y desdichados,
por alternar en la vida con Tom Waits, Gil de Biedma y John Ford,
no saber de revoluciones sino por la muerte de la gente,
no entender ni de rusos ni de marcas,
ni de Cuba sin el atlas humano,
y reírnos y llorar,
y escuchar a aquella señora de Frades ‘*El embargo*’
y descubrir en Hervás otra voz que lo apremiaba.
Y más allá, en la raya, pueblos en banda a toda rueda,
la guitarra dejaba en sus bocas la palabra del poeta.
Éramos así.

VERDES Y FRESCOS LOS PENSAMIENTOS...

*«yo soy cuna, yo soy tumba, yo soy patria;
yo soy tierra donde afincan sus amores»*

José María Gabriel y Galán

Verdes y frescos los pensamientos
más alegres por las colinas corretean
entre invisibles ovejas.

Las calles aquí se nutren y crecen
con las raíces clavadas en la dulce y dorada
cabellera del único Sol
que iluminado en mí queda
por mil sonrisas
y enciende las flores rojas,
llenas de vino, sangre bulliciosa, en los balcones
de las sencillas casas levantadas con encajadas piedras.
No son necesarios los palacios
en esta villa en cuyo teatro cantaban a Roma.

La poesía sus rincones recorre y besa
pues hace morada en nuestra mente y
de nuestra mirada extasiada brota,
don celeste, aquí, con divina figura
en sencillas ventanas se me aparece.

ENRIQUE VILLAGRASA

VERSOS DE FUEGO

*De luz y sombras soy
y quiero darme a las dos.*

José María Gabriel y Galán

La primavera acaricia las sonrisas de tus versos de fuego,
limpia y deshace la dureza del cruel invierno pasado.
Y convierte tu poesía en un lugar abierto: la fortaleza
a todas las posibilidades, golpe a golpe, ritmo al ritmo.

El dolor arranca tu máscara de la rutina sementera.
Allí, en tus poemas, te pone frente a su página y su sequía
en blanco: ese espacio sin límite: ese tiempo de la Fe.

En tu vida todo es designado por el lenguaje: campesino
significante y significado con el generoso amor por lo rural.
Tu Esperanza es la misma cosa: con Él y en Él en tu escritura.

Dolor, pasión y muerte en el recuerdo de otras vidas;
realidades secretas en el caminar al huerto y otras flores.
Imagen, idea, palabra angular: penitencia y amores prístinos
y su temblor. La belleza del silencio en viejas y desiertas ruinas.

La palabra que nos habla, la que escuchamos, paso a paso,
no la que escribimos, es la que nos salva. Y locos de dolor
en la noche más rota contemplamos tu arcilla y su fulgor.

LUIS ENRIQUE DE LA VILLA GIL

ODA AL POETA JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

En tus treinta y cinco años
de poeta, fuiste terrateniente
de pronto, en aledaños
de Guijo, un escribiente
de versos de pobres, como aliciente.

Dijo de él sin engaños,
Unamuno, que fue apóstol valiente
frente a golpes y daños,
en el mísero ambiente
de la tierra extremeña, amargamente.

Poemas sin amaños
para aquellos que sufren diariamente,
sabios en desengaños,
faltos del pan caliente
y ansiosos de la justicia clemente.

*monótona, inmutable,
magnífica, serena...*

Mucho disfrutaste del amor maduro
del verdadero arte de amar

*te necesito porque te quiero
y no
te quiero porque te necesito*



GLORIA SÁNCHEZ

LABRANDO POESÍA (Homenaje a Gabriel y Galán)

Arraigada dentro del alma
Se encuentra esa tierra callada
Que descubre una vida sencilla...
De días y noches en calma...
Alma de poeta... alma de labriego
De amores de valles, de ríos, de aldeas
Y campos de una tierra charra.

La vida serena de donde emanaba
Ese hondo sentir de tierra mojada,
De días de fríos inviernos al calor de una hoguera
Y de sudor al estío de agosto,
De canciones al son de una azada.

Se ensancha el pecho con tan dulce calma
Que a pesar de lo ruda que la vida se muestre
La pureza del aire al alba seduce y embriaga.

Y es poesía la alberca
Y es poesía aquella manada
Y las vacas paciendo, las ovejas, las cabras...
Y encuentras tus musas
En la noche estrellada, a pesar del rocío
que en las noches más frías
Producen las fuertes heladas.

Ara y canta poeta
Sembrador de versos,
Labriego de bellas palabras...
Ara y canta soñador... ¡Ara y canta!

LA FLOR DE LA INOCENCIA

*Yo aprendí en el hogar en que se funde
la dicha más perfecta...*

José María Gabriel y Galán

Era la primavera y entregada a la noche
en el alma de un niño se encendían los astros
y soñaba que había un floral de poemas
en el jardín temprano y leía los versos
recostado en la almohada hasta quedar dormido:
*«Lleváisoslo todú, todú, menus eso,
que esas mantas tienin suol de su cuerpo...
¡Y me güelin, me güelin a ella ca ves que las güelo!...»*
...Y amanecía el día con los ojos nublados.
Y seguía soñando en el recreo a solas
con aquella «*Pedrada*» que golpeó en la herida.
Y seguía volando, igual que los vencejos
sin bajar a la tierra, siempre a vuelo de nubes,
y siempre atardecía con la voz del poeta...
Y siempre despertaba con la mirada al cielo
y la esperanza llena de esas cosas que te hacen
brotar una sonrisa, esas cosas pequeñas
que apenas si las nombras, pero que dejan huella.
Como cuando pasaba el arroyo a mi puerta
y era feliz mirando la corriente del agua.
Y pasaron los días y el amor fue creciendo,
y pasaron los años y maduró la vida.
Y pasaron los sueños y el amor fue quedando.
Y hoy he vuelto de lleno a la memoria aquella
que enraizó la ternura, la paz inmaculada,
la flor de la violeta, sutilísima flor, como una pena
dulce; la flor de la inocencia. —«*¿Somos los hombres
de hoy aquellos niños de ayer?*». —¡Bendita sea!

LABRIEGOS

«Echa surcos derechos
a mi ventana
labrador de mis padres
serás mañana.»

Gabriel y Galán

De soles estaba impresa
la mies de campos segados.
olor a trigo y a heno
inundaba el altozano.
Qué secas están las bocas
de segadores ajados,
bajo el manto de la tarde,
en el hastío del páramo.
La besana marca surcos
que con sudor van trillados
y un repique de campanas
marca el jornal trabajado.
Pan y aceite sustentan
a labriegos ya cansados
tras el fatigoso día,
por el tedio, ya besados.
Cuando una mujer pariendo
trae al mundo un nuevo vástago,
hijo será de esta tierra,
por el sudor abrigado.
Crecerá siendo el abrigo
como sus antepasados
en la casa solariega
bajo el Cristo del Amparo.

Intercediendo a los cielos
protección para sus campos
en sus manos una azada
y una oración en los labios.



CANCIÓN PARA EL POETA GABRIEL Y GALÁN

Cuando la musa del poeta entona
la hermosa melodía del recuerdo
el alma, arpa eólica, se ensueña
las bellas armonías a lo lejos.

La tarde adornada por violetas
perfuma de azul mi cercanía
en el lago fluye el suave brillo del recuerdo
y mi tiempo diluyéndose por los caminos.

Que inexplicablemente dibuja el viento
embriagándome la suave lejanía
escucho la sublime melodía del silencio.

Donde fluye tu palabra, poesía
como la flor del campo, el romero
y el agua cantarina, calmó la sed de los campos.

JOSÉ AMADOR MARTÍN

MONÓLOGO

*Estuve en la ciudad. Vi la materia
brillar resplandeciente,
correr arrolladora...*

Gabriel y Galán
(Regreso. Castellanas)

Por un momento
la ciudad
era un inhóspito muro de silencios.
Tantas veces soñada llena de vida,
de profundos saberes,
para entenderla, ahora,
como una terrible confusión ...
Ruidos y gestos,
y sentir
que la sabiduría está junto al riachuelo,
en los campos llenos de vida,
y no aquí
en el vocerío de los sabios
en un debate mudo
que termina siendo sentido de la nada.

Aquí en la ciudad
donde pensamos en avance y progreso
que es fuerte el placer,
más bellas las mujeres,
es más terrible la soledad y más oculta.

Cuando paseo solo y en la calma
de un humilde jardín
palpita mi corazón

que ahora se quema
y no ignoro la verdad de la experiencia
¿qué es el Arte y el amor
acaso son problemas?
pregunta el corazón
cuando palpita
y me devuelve
a hacerme sentir mi alma serena.

Quiero volver al abrazo del campo
a sus encantos
a sentir su paz
esa paz que quise olvidar
por el engaño
de dichas lisonjeras,
quiero volver al monte solitario
a la luz, a los anchos horizontes
a los grandes encinares,
al aroma de las mieses y los henos.

Porque allí nada muere
nada se presta al sacrificio
de una vida estéril que disimula muerte.
Quiero volver a la fiel sabiduría
que aprendí de los montes y los campos,
quiero sentirme
en el seno de la gracia y de la vida
en el dorado esplendor de sus atardeceres,
para vivir en su paz tranquilo,
que es el secreto del morir honrado.

JULIO COLLADO

EL NIÑO QUE CUIDA MIS VACAS

Es primer día de Abril
y los campos verdaguean.
En el Valle Amblés, un niño
las vacas al prado arrea.

Es muy pronto y en el Valle
huele a rocío y a escarcha.
Hace frío y va el zagal
pobre de ropas y abarcas.

El vaquerillo y las vacas
al ritmo del sol, caminan.
Brilla mojada la hierba;
del niño, los pies tiritan.

Pacen las vacas con ansia,
deja el zagal la cayada;
y en la fina linde sueña
como emigrado su casa.

Sube el sol muy lentamente
y el niño dócil despliega
entre sus manos de trébol,
hojas de la Enciclopedia.

Entre todas las lecciones,
ama la Historia Sagrada;
y de Gabriel y Galán,
las campesinas tonadas.

Lee en alto el Vaquerillo
y sueña...
¡cómo le hubiera gustado

tener, como en el poema,
la compañía del amo!

La mañana se hace eterna
y el vaquerillo ya cuenta
cuántos pies tiene su sombra
y si ya es hora de vuelta...

Al rato, vuelven al pueblo,
contentos tras de las vacas,
para acudir a la escuela,
el muchacho y sus abarcas.

AFINCADO EN EL PARADIGMA DEL TERRUÑO

*«Hasta el hosco pastor de mis ganados,
que ha medido la hondura de mi pena,
si llego a su majada
baja los ojos y ni hablar quisiera; ...»*

Abrazado del natural, afincado
en el paradigma del terruño
de múltiples miradas, vistas.
Sencillo campesino ante abultado cacique
has domesticado el arado de la palabra
en alejado ruido del momento.

Qué lejos están, Gabriel, tus versos
apartados del presente.
Aquí reverbera hoy tu poesía.

Vivo otro momento;
vida esclava. Tan duro presente.
Entre las ramas del platanero
descarnadas de invierno,
dos urracas me miran y levantan el vuelo.

Brillan de azul sus plumas
que negras he visto primero;
sus graznidos siempre fueron.
No son las voces iguales,
las tuyas escucho marchitas.

He salido del camino, quiero contarte algo
y ese algo es tan distante
de aquello que leí de pequeño...

El tiempo marca distancias, esconde silencios;
me pregunto qué tierra labrarías
si del ayer vinieras, Gabriel.



BENITO GONZÁLEZ

EL DOLOR FORJADO DE LAS ROSAS EN «EL ALMA»

*¡Qué deseos el alma tenía de ser buena,
y cómo se llenaba de ternura
cuando Dios le decía que lo era!*

«El Alma», Gabriel y Galán

Era la calma en ti, todo un sendero;
Mientras la luz, con un verso tuyo
ante la lluvia se teñía de lágrimas.

Del lado del silencio, en lo más hondo; tu poema.

Dejaste el dolor forjado de rosas en «*El Alma*».

Y mi sentir humilde, de amapolas, fuera de mí,
acariciaba tu ser humano aterido por la pena.

La belleza simple se vestía de otoño
en el resplandor de oro que cruzaba la palabra.

Tu nombre en permanente grandeza
se irradia en los asombros.

Y me invadía una algarabía de pequeñez las entrañas.

Con un duende de aire dentro;
cantándome esa melancolía que tu poema deja...

Y fui a buscarte...
Con un coro de lunas en los tobillos.

Para abrigarte con el destello desnudo
en la humildad de los grandes poetas.

AMA DE VIOLETA

*El velo del dolor me ha oscurecido
La luz de la belleza.*

La visión de un junquillo zagal
Rompe el testimonio del atardecer claro
Y sereno en la heredad.
*«Ya no alegran los mozos la vesana
Con las dulces tonadas de la tierra».*
Sus manos luceros se elevan
Gaviotas torcaces al viento,
Intento sedienta alcanzarlas
Con un manantial de besos.
*«Cantaba el equilibrio de aquel alma serena
Como los anchos cielos,
Como los campos de mi amada tierra».*
Alas vernaes sus ojos
Pétalos son de raíces y tierra
Y tañen pilares de plata.
Espigas de luto mis manos,
Calientes se hunden en ella.
«¿Me quieres, Ana María?»
De estrellas se cuaja el aire,
Hambrienta de cuna mi alma entera,
Arrullo estremecido de Luz,
magnolia incólume, dorada Gracia,
mi amada Madre, Elvira eterna.
*«Busqué una mujer como mi madre,
Entre las hijas de mi hidalga tierra...»*

MEDITACIONES

«Me pongo a meditar en muchas cosas».

José M.^a Gabriel y Galán

A veces me paro a meditar y a recordar mi vida,
a asombrarme en su paso tan efímero,
a descubrir el lado oculto de las horas.

A veces me paro a retornar
al lugar donde he sido feliz,
donde el tiempo ha dejado en mis ojos
el germen de una luz que ha brillado lejana
como si se perdiera en el olvido.

A veces me paro a meditar
en muchas cosas que han naufragado
en el fondo de mi alma,
que maduraron con dolor
en mi memoria escritas
con sílabas oscuras.

También medito en tantas cosas bellas
que los días me han puesto en el camino:
el amor a la tierra, la palabra y el verso,
la luz en cada amanecer, los amigos,
la niñez que la infancia dulcifica
con la hermosa verdad de su inocencia,
el amor a las cosas esenciales
de un paisaje de pájaros y espigas.

A veces me paro a meditar
y a recordar mi vida.

FINGIR OTRO REGRESO

«Estuve en la ciudad y vi la vida.»

José María Gabriel y Galán

Ahora que te mudas a otro invernadero más próximo a la infancia,
llévame muy dentro para cuando necesites resguardarte de la lluvia
junto a las otras rosas
que el sueño ha procurado en certeza para los que las contemplaron.
Este corazón que te besa ya a un único tiempo
transita de nuevo en los márgenes de tu orilla
frente al rumor del barco que
nos recorre lentamente esta mañana.
Tu alma es como un café sobre una mesa vacía,
sujeta a inútiles palomas que sacuden sus alas con fuerza
en la cuenca de todos los ojos que nos siguen,
ellas se reconocen a sí mismas
en este campo de batalla para ciegos.
Vivir de honrado
para poder morir tranquilo junto al tigre de William Blake,
que languidece en mi apartamento con vistas al mar
y escasos muebles no aptos para el amor.
Tu mano, a esta hora, ya se está convirtiendo en mapa,
la rosa camina tranquila al caer la tarde
mientras otros escriben poemas
al tiempo que aprenden a echarte de menos.
Fingir otro regreso todos los domingos
buscando una ladera oculta
donde frotarme contra mi casa
de vuelta a mis campos queridos.
Ya es de noche y nosotros dormimos
mientras cargan los teléfonos móviles,
me acuerdo de Mestre en la tumba de Keats:
estas calles son la frontera de mi vida.

ESTAMPAS DEL PAN Y DEL VINO

*(Evocación de Gabriel y Galán, poeta
que aún leen algunas gentes de nuestros pueblos
por sus fuertes resonancias rurales)*

estampa 1.^a

Caballos de luz arrastran hasta las fuentes
iniciales de mi río un álbum, lacio ya, que recita
antiguas canciones de naufrago:

pan untado
con vino, repujado de azúcares, viático
y canción de quienes madrugaban
a acarrear la mies para la trilla.

Pan y vino también hechos festín sagrado
para enhestar la frente, ya vencida por la sed,
de los pájaros nuevos que revoloteábamos
en mitad de la trilla aún redonda, donde giran
los bueyes –clon...clon...clon–, en mitad
de las viñas donde bailan mazurcas
los racimos de uva con la última luz
agria de la tarde.

estampa 2.^a

A la sombra verdecida de una parra
que manaba leche y miel junto al brocal
del pozo de la vieja casa solariega ejercía
mi padre de pelícano sacrificial asperjando
con la sangre de sus venas la frente
de toda la familia: Ungid
de vino –nos decía– vuestro rostro

de enebros, rociad las manos
dolidas del combate, bebed, bebed
hasta la exaltación, como pequeños
dioses inmortales, del untuoso manjar
granado por mi esfuerzo.

Y abríamos
el pico como pájaros nuevos
seducidos por el ácido
sabor sagrado del clarete.

estampa 3

Descansan luego los caballos
un instante, un sueño en las antiguas
estancias de piedra carcomida: aquel lagar
de las viejas bodegas (bebed, ungiros...) como si
una ubre abierta, desangrándose, donde
el dulce cristal se acoge hecho unguento
y fulgor, belleza primordial, se derrama,
despósase y florece en las pupilas
agrandadas de aquel chaval que ensaya
en el cansado mugido de los bueyes el vértigo
indetenido de las estaciones.

(El chiquillo era yo. Y era tanta, tanta
la luz sobre mis ojos en aquellos majuelos
de la infancia que hiere ahora, camino
del invierno, esta morada
desazón de atardecida)

LA ESPIGADORA

*«Virgen de bronce te quiero
mejor que venus de nieve»*
«La espigadora», Gabriel y Galán

Virgen, como la selva virgen no mellada
trigales verdes sin huella.
Virgen, doncella de la diosa.
Candor, el pie descalzo.
En sus manos la lumbre,
dobla la esquina en silencio.
Solo el pliegue en la túnica,
blanco alcanza el tobillo leve.

El muslo largo y jubiloso es luz
en el pasillo, y sombra.
Camina en devoción serena
y alumbrada al templo en que el amor
allí consuela.
Su joven corazón enardecido
sueña una brisa más allá
de la piedra,
la flor que vuela en sus cabellos,
mar de lluvia unte su boca,
el rubor en la mejilla, que se toca,
el beso sobre el cuello que le prenda.

Y tal vez sueñe el jilguero blanco
rondando el pecho, beber
el agua de su sal templada.
¡Virgen de bronce, venus de nieve,
sol de amapolas por los siglos!

Aún la lumbre.
Mugen las bestias de amor en el establo.
Virgen de bosque tu cuerpo, selva precisa.
¡Virgen de bronce, sudor de amapolas,
frente, labio, espiga!
Una luz de rayo urgente apaciguó el ganado.
Peñascos y zarzales reposando al mediodía.
Rosas los vértices de amor.
Mimosas en los senderos.
Falda y perfume de almendras.
Leche cocida en los cuencos...
Virgen de bronce. Sudor de amapolas.



NOS ESPERAMOS EL UNO AL OTRO

*¿Y si Dios de la mano me llevara,
y humilde tras él fuera,
y entre tantos abismos no cayera
y a la cumbre llegara?*

José María Gabriel y Galán

¿Por qué ahora? Te pregunto a ti,
profeta fraccionado en tantas voces.

Me das la rectitud sin estar sumido en tu manto,
me recoges y me dejas en libertad.

Te escudriño **desde la metáfora del origen.**
Las yemas de mis dedos sienten la defensa
que desde antiguo muchos hicieron de ti.

Pierdo la fuerza, recojo el trigo,
paso penurias, hallo la agonía y tu salvación,
te persigo y te sumerjo en las aguas,
noto tu última plegaria como las tantas mías:
todo mi ser se estremece en tu fe.

A ti, dilema de las épocas, te nombro con cautela.
Guardo respeto por tus incontables causas,
me generas un dulce temor en el final,
proyectando la esperanza del inevitable
devenir.

A ti, que llegas ardiente o difuso en el tiempo,
atisbando a la cautela de mis pasos,
progenitor del todo, acompañante

de mi exacerbado desconocimiento,
dueño del eco de los siglos.

Acepto el regalo de tu semejanza: el empeño
de buscar lo opuesto se apoderó de mí.
Sé que todo lo debo, pero aún no sé nada.

Nos esperamos el uno al otro,
sin haber distancia.



LA ERMITA DEL CRISTO

*Qué plácido el ambiente,
que tranquilo el paisaje.*

Gabriel y Galán

En el centro del campo charro
ha nacido un humedal,
beben las tórtolas y el pardal,
las gallinas y las garzas. Migran
aves y el cuatroño con la luna
se hace de noche pequeño.
En la ermita se amontonan
los nidos de golondrinas
Quieren ser los soldados
que guarden al Cristo Bendito
sus secretos de ventana.
Cuando el amor hace ascuas
la cuna en su balanceo
hace menos alboradas. Solo
queda la razón en alas del corazón
y el recuerdo de una madre
que no la marchita nadie.
Unos pasan y otros llegan.
La vida solo es un pasar
en los versos del poeta.

ASUNCIÓN ESCRIBANO

MADRE

«Pero yo ya sé hablar como mi madre»
J. M.^a Gabriel y Galán. «El ama».

*A mi madre que recompone siempre
el hogar después de cada herida.*

Madre es ovillo, es agua, es canto, claridad, aurora, niño y pájaro.
Madre es memoria.

Y el camino de vuelta hacia ella se inicia con una chispa
de cualquier producto incandescente sobre cualquier materia
espejeante.

Puede ser simplemente un reflejo de algo luminoso y nómada
que se sucede sobre el agua.

Entonces, como en vuelo incendiado de ballesta, se produce el
viaje

veloz hacia la infancia.

Allí está ella, con aquella forma de mirar que no ha podido
repetirse nunca,

porque después las horas van acumulando su arena de cansancio
sobre la acuosidad translúcida de sus ojos.

Su voz vuelve a poblar el silencio del presente y con ella se
cicatrizan

las lágrimas que durante tanto tiempo se han ido acumulando,
y la memoria manifiesta su gesto sanador.

Porque rasgando la cortina que separa la acumulación de vidas y
de horas,

uno vuelve a encontrarse consigo mismo en los brazos niños de la
madre.

Esos brazos que curan todas las heridas con sus cantos y oraciones.

Plegarias que tienen la fuerza de un zarpazo sobre el cielo.

Las súplicas a lo alto de la madre, sus palabras como lumbre
salvadora

amarran la vida al templo, protegen frente a la polilla del frío y de la muerte.

Cuando enterramos a la madre en el futuro,
con ella lo hacen también los días luminosos de la vida.
Allí está el hijo, desolado, tras dejar colocada en el hueco exacto
la tibieza de la carne frágil, ya dormida para siempre,
de la anciana que un día le regaló el nombre y el camino.
Y el candil con el que poder alumbrar a ambos.
Si la madre escogió ser sombra, el hijo se hizo árbol alto
en el que anidaron las alas de los pájaros.
Si el desierto sale a buscar nuestras pisadas,
no hará falta más que el recuerdo de la sombra de la madre
para poder cruzarlo ya sin daño y hasta sin sed.
Cuando pasen los años y dejen sus huellas heridas sobre el
camino que nos queda,
únicamente en la evocación de aquellas manos será posible
volver a respirar con placidez.

AÑORANZAS DE MI TIERRA

*... De la vida que me dio Naturaleza
me sorbieron esas vírgenes sustancias...
(«Canción del terruño» Gabriel y Galán)*

En el álbum, que cautiva mis sentidos,
 atesoro siluetas de una rosa.
 Con un cielo, acristalado por el sol,
 su figura se convierte en mariposa.
La presencia, en el papel de mis recuerdos,
 enaltece mi memoria en flores rotas;
 deshojadas por el viento,
 ocultan su triste historia.

Horizontes de tristeza iluminados
juguetean con las nubes, aún mimosas.
Bajo un velo de silencios en mi labios,
la lluvia llora entre hierbas olorosas,
serpentea con sus gotas relucientes
en caminos alfombrados de amapolas.
 La noche enciende su rostro
 cuando la luna se posa.

En los frunces de mi tez iluminada,
solo anidan ilusiones primorosas,
son las voces de un amor envejecido
que en el tiempo cicatrizan nebulosas.
Senectud, apasionada en el olvido,
brotará lánguida en la tierra pedregosa.
 El destello de una vida
 se marchita lacrimosa.

ACUÉRDATE

Acuérdate de mí
cuando la tarde,
en el silencio perfumado
de tu voz,
se muera lentamente.

Acuérdate de mí,
sin que la sombra,
velada en el inerte contorno de las lunas,
me niegue.

Acuérdate de mí,
milagro de pasión,
cuando saboreo tus suaves labios
colmados de deseo dormido.

Acuérdate de mí,
en el goce contenido
de tu piel sedosa,
en la pasión de tus cabellos aterciopelados
en el grito estremecido del alma,
embriagada de ilusión
en un mundo de fuego.

JUAN ANGEL TORRES RECHY

LA VIDA DESCONOCE LAS RAZONES

*La vida era solemne;
puro y sereno el pensamiento era.*
José María Gabriel y Galán

La vida desconoce las razones
que vienen desde afuera del amor.
Se esfuman como un sueño nuestros dones
si no los encauzamos al honor.

El cielo nos envía bendiciones
si escucha nuestro llanto y clamor.
Si ve nuestros sufridos corazones
apaga con sus besos el dolor.

Es fácil no extraviarnos del camino
si tienden a lo bueno nuestros pasos.
Un hado nos conduce a su destino

llevando nuestras penas en sus brazos.
La cena está servida con su vino
si bien los comensales son escasos.

Se escapa de la pluma lo divino,
no cabe su sentencia en la palabra.
Oscuro, con su luz el alma labra.

Xalapa, Veracruz, México
4 de septiembre de 2020

ÁLVARO ALVES DE FARIA

GABRIEL Y GALÁN

Caminho silêncios na Calle Gabriel y Galán
com passos pequenos nos campos de trigo
em busca de uma prece que me fale de amor.

A Calle Gabriel y Galán está aberta aos meus sapatos,
mas falta-me o rumo a seguir ao encontro da Luz.

Não é fácil falar com Deus
como não é fácil levar no espírito o nome de um anjo
quando a alma está ferida dos pecados que me povoam,
por isso caminho na Calle Gabriel y Galán
que leva ao nazareno com a túnica vermelha de sangue.

Quero colher os frutos da terra,
esses que plantei com as mãos feridas
e ao entardecer direi um pequeno poema aos camponeses
para que possam compreender o tamanho do mundo,
algumas palavras que me ocorrem de Gabriel y Galán
a pensar planícies e distâncias:

Me ensinaram a rezar
ensinaram-me a sentir
e me ensinaram a amar
e como amar é sofrer
também aprendi a chorar.

Guardo em mim teus entardeceres poeta,
teu pote de fé das serras de Salamanca
e caminho em ti pela Calle em que estás parado
à espera do sol, talvez uma estrela menor,
mas aquela que acende o universo e nos faz viver.

JUAN CARLOS LÓPEZ PINTO

POETA DE SALAMANCA, DEJASTE TU CASA TRABADA A LA NUESTRA

A José María Gabriel y Galán

Los hombres de otras épocas dejaban señales de peso.
Dejaban muestras inequívocas de querer unir
su tiempo y el nuestro.

Los hombres de otras épocas, magníficos constructores,
hicieron las catedrales y algo mejor: Dejaban
en los muros de la fachada unos sillares que sobresalían
hacia el solar vecino para que, cuando lo edificasen,
ambas casas quedasen bien trabadas.

Los hombres de otras épocas dejaron sillares
para que, a su obra, pudiéramos un día asir la nuestra.
Su lucidez civil y razonable nos dejó
un magnífico legado que debemos apreciar y respetar.
El peso de los días nos lo dice.

Poeta de Salamanca,
dejaste tu casa trabada a la nuestra.

LUIS FRAYLE DELGADO

GAÑÁN

Homenaje a Gabriel y Galán

Entra sereno,
una vez desuncida la pareja,
busca el rescoldo de la vieja chimenea,
y el aliento de los suyos.
La presencia no deja lugar a las palabras.
Sentado en el escaño
se quita las abarcas
y calienta sus manos ateridas
y sus pies heridos del barro y de la lluvia.

Sabio sembrador analfabeto
hace silogismos de la vida
trenzando dichos escuetos y silencios largos
que le hicieron los ojos grandes
y las espaldas anchas desde niño.

[Mirando tu sepulcro
te recuerdo, el alma erguida
en cuerpo hundido en las aradas.]

Tus rudas manos,
hechas a la áspera manquera,
nos traen el pan negro y las caricias
cuando quema el hielo de posguerra,
las arcas vacías,
las eras blancas de la escarcha,
en los inviernos
y asola el polvo ardiente en el estío
de los haces y gavillas.

Adusto siempre y serio,
jovial con la pana de las fiestas
cuando estrena la pelliza.
Consejero de pigorros
mientras echa una postura a la boyada.
Amigo en el juego de pelota
y nunca sentado en la taberna.

[Aquellos años míos de estudios e ilusiones
viene a la ciudad andando desde lejos,
me trae la ropa limpia
y el amor del pan y las manzanas.]

Inmutable viendo pasar las estaciones
encorvado por los años ... y la vida.
Lo estoy viendo...

REGRESO

Regresas al terruño
para repetir esos días transparentes
que maduran más
cuando otoño apura las nostalgias
por abrazar una tierra tatuada
adentro de tus ojos.

El terruño es la patria
que enternece al alma atisbando
el pan recién salido del horno
y hasta las leñañas del perro
en postura de custodiar
la ruिनosa casa de los padres.

Regresas con lo que resta de ti,
aunque crecido
como un grano de mostaza,
aunque más ducho tras
el aprendizaje de estar fuera,
aunque sabedor de que tendrás
que volver a partir.

Regresas al alba, poeta,
hecho sombra y viento a la espera
de un resplandor o un trueno
bajo la bóveda celeste
de esta luciérnaga de piedra.

GABRIEL Y GALÁN
Y UNAMUNO:
EPISTOLARIO



(*). Nota del antólogo. En esta sección se reproducen la mayoría de las cartas que se intercambiaron Gabriel y Galán y Unamuno. Las mismas fueron publicadas por José Antonio Gabriel y Galán y Enrique Rodríguez Cepeda, bajo el título «Más sobre Unamuno y Gabriel y Galán (Once cartas inéditas de Unamuno)». Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno. 1970, n.º 20, p. 5-23.

SR. D. MIGUEL DE UNAMUNO

SALAMANCA

Mi distinguido amigo: No creí que tuviera ya siete años su niño, el que estuvo enfermito siempre, y supuse, por lo mismo, que el fallecido sería otro, Dios le conserve sanos y buenos los que le quedan.

Nunca diga, tratándose de cosas mías, que es meterse donde no le llaman. Además de sobrarle autoridad para ello, resulto muy honrado, y le quedo de veras agradecido.

Eso último de la *Revista de Extremadura*, era una cosa que hice mucho tiempo ha: no tenía otra, ni tiempo para hacerla, cuando me pidieron algo, precisamente para ese número, y les envié aquello, que es, ni más ni menos, lo que usted dice en su grata.

El consejo que en ella me da de que lea poesía con parsimonia, vengo practicando desde hace mucho tiempo, no sólo porque no tengo libros, ni hay por aquí quien los tenga, sino porque estoy convencido de la bondad del consejo, que da el modo mejor de evitar los más funestos inconvenientes.

Lo poquísimo que contienen unos minúsculos tomitos de poesía clásica, lo he leído ya muchas veces, y no lo miro: me cansa ya.

Lo que siento es que la carencia de libros se extiende a los de otra índole, que, como usted me dice, me convendrían muchísimo.

No leo más que cartas, noticias de periódicos, una o dos revistas y algún librito que me dedique su autor. Con esta gran ignorancia de lo que se ha escrito y se escribe, el aislamiento en que vivo y el poco tiempo que el campo me deja libre, ya ve usted qué podré hacer, aun contando con que pudiese hacer algo que mereciera la pena de leerse.

Así, que me limito a aprovechar mis ocios escribiendo algo, salga lo que saliere. Y así suele salir ello.

Ahora voy a permitirme hacerle un ruego, en nombre de este pueblo, que tal me pide.

Pronto hará seis meses (desde antes de las vacaciones de verano), que está cerrada la escuela de niñas por falta de profesora. La propietaria, doña Regina Alonso, fue nombrada hace tiempo para Villaflores; esta gente ha acudido a la junta provincial, pidiendo

maestras con urgencia, porque el pueblo, que no es muy chico, la desea y la necesita de veras.

Nada resuelven, la escuela cerrada sigue, y acudo a usted para que evite cuanto antes estos perjuicios, cosa que ha de ser muy de su agrado.

Y puestos ya a pedir a usted maestra, nos atrevemos a pedirle todo lo buena que sea posible, en cuanto de usted dependa, pues supongo que la que ahora venga será interina.

En nombre de todos, como en el mío, le doy mil gracias anticipadas, y le ruego perdone esta forma extraoficial de pedir lo que necesita el pueblo.

Mande todo lo que quiera a su agradecido amigo, S. S., q. b. s. m.,

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

1.º de Junio de 1900

Mi queridísimo amigo: Ocupadísimo estos días con las tareas de la recolección, no he tenido tiempo de escribirte, ni de enviarte los versos prometidos. Aún hoy tengo que darme prisa para atender a lo demás. Te envío adjunta una copia de los referidos versos. Con tanta prisa la he hecho, que no sé cómo irá. Cuando te escriba otra vez te enviaré una poesía, que creo te agradará.

¿Y el eclipse por ahí?

Supongo que el fenómeno no habrá sido tan maravilloso visto desde ese país como desde este pueblo, que estaba comprendido en la zona de visibilidad total. Una tropa de gente de Castilla que bajaba a Plasencia a presenciar el eclipse quiso que me incorporara a ella en la estación del Villar. No acepté la invitación, porque me olió a juerga, pues llevaban hasta un cocinero con ellos; y además, yo quería ver el eclipse, no desde los balcones de una fonda ni desde un pueblo grande lleno de gente, sino desde las soledades del monte, donde todo dice más y hace sentir cosas mejores que la proximidad de la muchedumbre, que en su mayor parte es necia, cuando no es bárbara. Observé a mi sabor el sublime espectáculo desde la cumbre más alta de un monte precioso, sin más compañía que la de mi vaquero, que es un *astrónomo* cuyo lenguaje técnico tira de espaldas a cualquiera, por lo graciosísimo que resulta. Desde

el hermoso punto de vista que ocupábamos, y con el auxilio de un antejo y lentes ahumados, vimos el eclipse desde el momento en que se verificó el primer contacto hasta que los discos del astro eclipsado y el interpuesto volvieron a separarse. Los momentos de la totalidad fueron verdaderamente sublimes en aquellos sitios. Callaron todos los pájaros, las vacas y los chotillos se llamaban y huían hacia la majada, descendió la temperatura muchos grados, durmióse el aire, se dejaron ver las estrellas y todo quedó envuelto en una luz que no era cárdena, ni violácea, ni lívida, aunque parecía todas estas cosas. Era una luz vaga y tristísima, que todo lo llenó de su profunda melancolía y de hondísima tristeza. Si Dios quisiera matar el mundo de pena, no tenía que hacer más que teñirlo de aquella luz por espacio de ocho días. Ya lo dijo el astrónomo que me acompañaba: «si los *clisis* fueran largos y *amenúo*, yo *casaba desegúa*». Y tenía razón: cualquiera se moría de pena, viviendo envuelto en aquella luz, que no era luz, o en aquella oscuridad, que tampoco era oscuridad. Después, cuando el sol volvió a lucir y dejó de parecerse a «una luna *renegría*, con el *reondali* mal *jechu*», como nos decía el muchacho que cuida nuestro ganado *cerdal*), todos los pájaros del monte desataron el pico y saludaron aquella resurrección de la luz solar con más alegría que cuando cantan en un amanecer de primavera.

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

Mi querido amigo: En cuartillas le voy a escribir hoy.

Recibí su libro y los números de *El Adelanto* que con aquél me envió. Por el libro no le doy gracias. Se lo *pagaré* tal vez muy pronto con otro mío, aunque quede mal pagado; pues, así y todo, siempre querrá usted mejor la firma de un buen amigo que las gracias.

De esas *Briznas* nada le diré, porque ni yo soy un buen crítico, ni falta le hacen a usted cuatro cosas mal dichas que yo pudiera decirle. Que me gustan mucho, sí; eso puedo yo decirlo como cualquiera hijo de vecino que lea una cosa y *le entre*.

Las *Briznas* (llamémoslas como usted), entran de veras, y algunas de ellas hasta las propias honduras del alma del lector; créalo usted, amigo mío, porque también le digo que una de ellas, la primera, *Vida por vida*, se la arrancarí del libro. ¿Que por qué? Pues es bellísima, pero me dolería que algún... *pequeño perverso*, dijera que

eso es, ni más ni menos, *El Señor*, de Leopoldo Alas, que publicó hace bastantes años. Tengo la seguridad de que usted no leyó aquel cuento, porque, de haberlo leído, fuera otra cosa *Vida por vida*, y no lo que usted soñó, coincidiendo con *Clarín*.

Afortunadamente, todo lo de usted -y para mí es tal vez el mayor mérito- tiene un sello personal de tan precisas líneas que... no hay necesidad de deducir la consecuencia. Y entienda usted que esto se lo diría yo a los maliciosos, pues yo no lo necesito para mí. Más que ese *sello personal literario*, me decide a mí la persona de usted... Y no hay que hablar más de esto. Sólo, sí, he de repetirle, pero sin relacionarlo ya con lo anterior, que *ya le conozco a usted como escritor*. Tanto, que creo no necesitar ver la firma de usted debajo de sus escritos. Lo cual no hay que decir que es un mérito del que escribe y no del que lee. El que lee podrá confundir al *plagiario* con el *plagiado*; pero al que es original, se le conoce en seguida, lo cual no es poner ninguna pica en Flandes.

Ahora, a *lo otro*. Lo otro es *El Imparcial*, Maeztu, *La Gaceta*, la Reina, la nación entera... Ya no faltará más enhorabuena que la mía, ¿verdad?

Pues ahora es cuando me gusta más dársela, porque ya irá usted, e irán ustedes, más *descansados*.

¡Qué bien ha hablado usted en *El Adelanto* sobre eso! Lo esperaba de usted, tal como ello salió, lo celebré, lo coreé, se lo puse delante de los hocicos a quien pude, ¡y no he podido ponérselo a todos los españoles!

¡Mire usted que se necesita... tener agallas para, cuando todos estamos saboreando la merecida publicidad de la excepción, que, por presentarse como tal, era de una fuerza extraordinaria para *probar* primero, y para estimular después, descolgarse con autobombos inoportunos y horribles y hasta con pordioseos y peticiones -por tabla- de los honores concedidos a usted por los de arriba y los aplausos que les tributamos los de abajo... ¡Válgame Dios, y qué flacos y qué débiles somos los hombres!

El deseo de la publicidad será muy humano, yo no lo niego; pero, ¡ay!, es *muy español*, muy español.

Mi parabién por todo, pero señaladamente por el hecho de enseñarles a esas gentes cuanto puedan, y por su modestia, al rechazar las cruces y ante la nube de incienso oficial, jamás tan justamente quemado como ahora, que se les vino encima.

En cuanto termine el tomito de versos, se lo mandaré, para que lo vea antes que sea impreso y publicado. Ayer me escribió Villegas, metiendo prisa y ofreciéndose a hacer el prólogo. Aún

no sé si lo editarán en Madrid o en Salamanca. Serra lo editaría de buenas ganas; pero aún no le he dicho nada. Me fastidia tratar con editores: ya sabe usted lo que son casi todos; yo no puedo dejar ahora mis tareas de aquí para hablar con alguno de ellos allá, y no sé cómo arreglar esto.

Le quiere su amigo

JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN

12 de Julio de 1902

Mi querido amigo: También yo te tengo a media correspondencia; pero vivo en la confianza de que nunca me lo tomarás a mal, pues sabes la eterna causa que me impide dedicarte más tiempo y más espacio.

Acabo de regresar de un viaje de quince días a Frades, adonde fui con objeto de asistir al aniversario de aquella santita que perdí. Nos acompañaron muchos amigos de aquella comarca, aunque no hemos repartido esquelas ni nada parecido, por voluntad expresa de la que está en el cielo. El de Llen me fue a buscar en el coche y me tuvo en su alquería y en otras próximas dos días, con mi hermano Baldomero y su mujer. Hubo tienda de erales y cacería.

Quedo enterado y comentando con Desideria cuantas noticias me das en tu última. La desgraciada muerte de N. es noticia que me dieron en el Guijuelo al regresar. Ya que hablo de Guijuelo, cuando llegué a él me encontré con un banquete que en mi obsequio habían organizado veinte señores de allí y tres o cuatro curas de los pueblos próximos. Me quedé con ganas de dejarles con los paños puestos, porque yo no traía ganas de banquetes; pero vi que el desaire, si se lo hacía, era horrible, y acepté. Degeneró en velada literaria a última hora, pues me hicieron leerles algunas cosas.

Vamos a tu consulta. *Harmonía* se ha escrito casi siempre, y aún se escribe por muchos (que constituyen seguramente una gran mayoría), sin *h*. Pero otros y yo de éstos, escriben esa palabra con *h*. No sé lo que dirá sobre el caso la Academia, ni creas que me interesa mucho saberlo, porque su Diccionario y su Gramática, que, como autoridades oficiales debían ser modelos irreprochables, están perramente hechos. Y no porque los señores académicos no lo entiendan, pues precisamente en la Academia están, no digo

todos, porque me equivocaría tal vez, sino la inmensa mayoría de los buenos literatos y filólogos que tenemos. Pero de la Academia hay que decir lo que el inglés aquel que al regresar a su país, después de haber recorrido toda España, le preguntaron, entre otras cosas, qué le parecían los cabildos catedrales de nuestra patria, y contestó en el mal aprendido castellano que ya hablaba: «la canóngia, buena; la calbilda, mala».

Y así son los académicos: cada uno de ellos, generalmente, una gran cosa; en corporación, cuando trabajan anónimamente, cosa perdida; no tienen celo con ciertas cosas. Y volvamos a tu pregunta. Te aconsejo que escribas armonía no porque lo escriba yo, que nadie soy, sino porque eso es lo racional y lo debido. Lo exige así la etimología de la palabra, que «procede del griego, *harmo-zéim*, arreglar harníos, unión, arreglo, armonía, ajuste, concierto». Esta etimología, como todas las de los derivados de la palabra, que son muchos, la tomo, no de cualquier librejo, sino del gran Diccionario etimológico del insigne Roque Barcia, cuya autoridad en la materia nadie podrá discutir. Y luego dice: «La *h* es incorrecta según nuestra errada ortografía». Y en otro lugar afirma redondamente: «Las formas de esta palabra, sin *h*, son incorrectas».

No tengo la última edición del diccionario de la Academia, pero sí la idea vaga de que ya ha mandado también que se escriba con *h*. Y si no fuera así, yo he de seguir escribiendo con *h* una palabra que con esa letra se escribe en griego, de donde es originaria, y del mismo modo se escribe en latín.

Salgo poco de caza. Vivo muy ocupado, pero no quiere esto decir que haya colgado la escopeta, no. En cuanto puedo, ya estoy con ella al hombro, sin acordarme de otra cosa que de echar a rodar un conejo o tumbar una perdiz. Es cosa que me distrae y me quita el mal humor cuando lo tengo, y aunque sólo fuera por eso, tendríales siempre cariño y afición.

Iba a publicar por cuenta propia *Extremeñas*; pero es el caso que en Salamanca se está publicando una biblioteca de pequeños tomitos, uno cada mes, con el nombre de Colección Calon, que es quien la edita. El tomito del mes pasado fue de Francisco Acebal (de Madrid); el del actual es de Unamuno, y aun a mí me han pedido el del mes de Agosto. Y como contesté que lo haría, y a esta hora nada he podido hacer por falta de tiempo, he decidido darle seis o siete composiciones extremeñas que tenía escritas, y con ellas, que son idénticas, y *El Cristu* y *Varón*, que ya no lo son, se llenará el tomito.

Hoy mismo mando a Salamanca los originales.

De mi tierra tengo una porción de peticiones, y todo ello sin contar con que no faltan escritores y filólogos que me piden datos de este país, de su lenguaje, etc., etc., y todo ello consume tiempo. Iremos pasando, procurando complacer a los que con sus peticiones me honran más que merezco, y no excediéndome en el trabajo hasta el extremo de fastidiarme, porque tengo que atender y pensar en otras muchas cosas de índole distinta, que constituyen mi manera de vivir y son el pan de mis hijos.

.....
Un abrazo a tus hermanos y otro para ti de tu buen amigo, que te quiere siempre,

JOSÉ MARÍA

SR. D. MIGUEL DE UNAMUNO
SALAMANCA

Estimado amigo mío: Gracias por todo cuanto en su carta me dice y señaladamente por aquello de la amistad. No merezco las alas que se me dan, pero las acepto agradecido. Y usted, que me las ha puesto, no ha de extrañar que yo vuele largo y tendido.

Tengo ya una pequeña serie de palabrotas que enviarle, recogidas al azar, en el campo y en la calle. Se las mandaré «ca y cuando», como por acá se dice, y veremos si es eso lo que me pide.

«La Ilustración Española y Americana» es de todo mi agrado y hasta me parece *mucho periódico* para mí.

Si en ella no le es posible publicar «El Cristu benditu», publíquelo donde mejor le parezca, sin tener en cuenta otra cosa que la excepción que yo hago de tres o cuatro periódicos, en los cuales no puedo escribir.

Y si no puede usted meter esos versos en ningún papel, nos quedaremos como estábamos, y yo, además, muy agradecido de usted. El amigo que me los pedía, hágalo en nombre del señor Escobar, Deán de Plasencia, que escribe en la «Revista de Extremadura», de que yo soy suscriptor. Y en esa revista supongo que quería publicarlos, aunque mi amigo, sin duda equivocado, me hablaba en la «Revista Cacerense», que yo creo que no existe. Sea como fuere, yo les negué ya el permiso que solicitaban de mí.

¡Escribir yo una novela! Menester será decirle a usted quién soy yo, literariamente, para que no vuelva usted a darme sustos como ese. Nada, no; no soy ningún... (iba a decir Unamuno, pero fuera muy descarado y de mala forma el elogio) no soy capaz de escribir una novela que pudieran llamar mediana los que entienden. Y para hacerlas como las hacen hoy muchos, ¿no es mejor vivir callado? Esto no es el orgullo de la importancia: es, sencillamente, el conocimiento que tengo de las propias fuerzas, y es, además, si me apura algo, un poquillo de buen gusto que Dios nos ha dado a todos. Todo esto es, y cualquiera cosa más, menos falsa modestia, cosa que se me olvidaba decir, porque no había pensado en ella.

No puedo, no. ¡Y cuidado que la carta de usted es de las que infunden alientos para todo! Dios se lo pague como yo se lo agradezco; pero en eso tenemos que quedarnos, a lo menos por ahora.

Una cosa voy a hacer; un artículo, un cuento, algo como esto en prosa, para darme dos placeres; el de escribirlo y el de enviárselo a usted para oírle luego. Poco le cuesta decirme en ocho o diez líneas qué es lo que he hecho.

No sé por qué, me meten menos miedo los versos que aquello de la novela (¡voy a soñarme con ella!) Poquito a poco, sin poder prometer nada, porque no estoy seguro de que en la mina haya algo bueno, voy a seguir haciendo versos a ver en qué para esto, aunque me huele, en qué para. Me cuesta mi trabajillo parirlos, y a lo mejor, después de mala noche...

Veremos. Por lo pronto, lo que ya está visto es que *el crío* no puede ser digno de semejantes padrinos.

Gracias otra vez por todo y mande lo que quiera a su afectísimo amigo,

JOSÉ MARÍA G. Y GALÁN

Guijo de Granadilla, 8-XII-1900

El rector de la Universidad de Salamanca
Particular

1.º de diciembre (está tachado noviembre) 1900

Sr. D. José María G. y Galán

Mi muy estimado amigo: Ante todo protesto del tono sobradamente respetuoso en que me escribe. Si quiere complacerme escribame como a un amigo, con toda franqueza e igualdad, pues por amigo le tengo. Tan no tengo olvidado su hermosa composición «El Cristu benditu» que en mi viaje a Madrid hablé de ella a varios, recitando los trozos que sé de memoria (como a Pereda se los recité aquí) y uno de los que más se encantaron con ello fue Baralt quien me dijo que usted habrá compuesto otro(s) cosas. Y al decirle yo que sí, me contestó: Pues excítele a que haga un tomito, que lo merece de veras. Yo creo que el mismo Baralt le haría el prólogo y en todo caso no dejaría de hablar de ello. Vicente Medina ha obtenido éxito y lo de usted me parece superior a lo de Medina. Otro de los que lo celebraron mucho fue el pobre Rueda, que me decía: eso es poesía, eso, y no alquimia.

«El Cristu benditu» no lo tengo yo, sino que me lo tiene su hermano Baldomero, a quien se lo di para que lo copiara y hoy es el día en que no me lo ha devuelto. No desisto de publicarlo, aunque no sé bien donde. Intentaré que lo hagan en «La Ilustración Española y Americana». Me gusta esta publicación y le conviene que sea en ella. ¿En cuál otra le ofrecen ahora publicársela?

Creo que no contesté a su anterior carta en que me remitía algunas composiciones. No las tengo aquí, sino en casa (escribo ésta en la rectoral) y por lo tanto no puedo ahora releerlas, pero recuerdo que me dejaron una grata impresión, aunque no tan honda como el hermosísimo «El Cristu benditu». Media gran diferencia entre unas y otras. Una de ellas, un diálogo en que entra un joven a quien quieren decidirle a que se case con la novia a quien ha hecho madre, tiene a las veces remotas reminiscencias a los diálogos de López Silva, aunque le parezca a usted extremo. Lo que sí noto es una gran corrección de lenguaje y una versificación muy fluida y suelta. Allá en el fondo hay algo de académico, en el buen sentido de esta palabra; se ve bajo lo popular una mano que alguien llamaría literaria.

Y en prosa, ¿ha hecho usted algo? ¿Por qué no se atreve con algunos cuadros de costumbres o alguna novelita? Yo creo que podría meter cabeza en el Blanco y Negro y hacerse un nombre.

De mis empresas y proyectos nada le digo por hoy. Estoy metido en una novela pedagógico humorística en que se mezclan elementos grotescos, trágicos y sentimentales. Lo del rectorado me ha impedido por algún tiempo proseguirla con vigor.

No olvide recogerme, a la buena de Dios, terminachos, voquibles, decires, giros, etc.

Y una vez más le repito que quiero que siempre y en toda ocasión cuente conmigo como con un amigo y como a tal se dirija a su afmo.

MIGUEL DE UNAMUNO

El rector de la Universidad de Salamanca
Particular

9 dic. 1902

Sr. D. José María Gabriel

Mi estimado amigo: Mil gracias por su pésame. Doloroso es siempre perder un hijo pero en este caso la muerte ha sido una gran liberadora y nos ha hecho una gran merced pues el pequeñuelo era inútil, hidrocéfalo de nacimiento, paralítico de medio cuerpo y sin conocimiento ni habla.

Así ha vegetado cerca de siete años y en los últimos días sufría, teniéndolo que dar bromuro para que se durmiese.

Me quedan otros seis, éstos sanos, robustos y alegres. Lo último que de usted he visto es en la Revista de Extremadura y por cierto le encuentro cierto aire americano; me sugiere a ratos algunas de las cosas de José Asunción Silva, el colombiano, poeta que aunque a ratos sobrado vagaroso, me gusta mucho. Tal vez por eso mismo, por su vaguedad, que contrasta con el tono duro, recortado y sobradamente didáctico de los poetas castellanos, en quienes, como dice muy bien Guerra Junqueiro, la poesía suele a menudo reducirse a «elocuencia rimada».

Y eso es cosa de la casta acaso, pues. se estima en más a los oradores en rima como Quintana, Tassara, Gallego, el mismo Núñez de Arce, que no a los puros poetas, como Trueba, Ruiz Aguilera, Querol (para no citar sino muertos entre estos últimos). Es aquí muy raro que se dé lo que en Wordsworth, una suprema sencillez y un presentar escenas familiares unido a profundidad de pensamiento. Propendemos o a la hinchazón altisonante o a la ñoñez lánguida.

En cuanto a usted habiendo hecho cosas muy sentidas y hermosas nada ha hecho como *El Cristu benditu*, que es de una sencillez y un sentimiento encantadores. Le veo todavía buscándose, ya a través de uno, ya a través de otro, y confío en que acabará por encontrarse. Siempre llega uno a dar consigo mismo buscándose por los demás. Lo que me atrevo a aconsejarle es que lea poesía con parsimonia y en cambio lea libros de ciencia, de filosofía (esto sobre todo) de historia, etc. Mediano dramaturgo saldrá el que apenas lea más que dramas. Yo creo que viviendo usted en el campo debe leer lo que le abra los misterios del campo mismo, cosas de geología, botánica, etc., estudios sobre la naturaleza. Y perdóneme si me meto donde no me llaman.

Sabe cuán su amigo es

MIGUEL DE UNAMUNO

El rector de la Universidad de Salamanca
Particular
10 enero 1903

Sr. D. José María G. y Galán

Mi querido amigo: Como quiero que lo adjunto salga hoy mismo no me queda tiempo de escribirle por extenso relatándole cuanto ha ocurrido en este asunto. Supóngole enterado de ello. Mañana se lo expondré al detalle y con la lealísima y clara franqueza que uso en todas mis cosas. Usted sabe cuán de veras admiro su labor, cómo le aliento a proseguir en ella por bien del arte nacional y sin otra mira alguna, y cómo le quiere su leal amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

La Ciudad de Zaragoza dirigió a esta Universidad de Salamanca, con fecha 30 de octubre del año último el siguiente mensaje:

«La Ciudad de Zaragoza a la Pontificia y Real Universidad de Salamanca.-Salud.-En nuestra tercera fiesta de Juegos Florales, fiesta magna en verdad para todo Aragón que en ella se reúne, para España entera representada en sus convocatorias, y para los buenos amigos de nuestra Patria, los cuales desde remotos países nos envían sus composiciones, ha sido paladín del Gay Saber un hijo ilustre, de la tierra Salamantina, el Señor Don José María Gabriel y Galán, después de trabajar como buen patriota para esta obra nacional de nuestros Juegos, después de triunfar como buen poeta entre otros muchos dignos de premio, cruzó la tierra española para venir como buen caballero a dar homenaje a nuestra Reina de Amor.

Hemos conocido al poeta de Castilla en sus obras, le hemos admirado por su genio, le hemos amado por su bondad y sencillez nativas, fórmula Precisa de la hidalguía castellana: en estos días en los cuales Aragón entero ha sido su hogar habrá encontrado entre nosotros vuestro poeta, hospitalidad sencilla también, pero fraterna y cordial, como lo eran nuestros sentimientos, como lo es el carácter de nuestra tierra.

Algo del triunfo de Galán es vuestro, amigos de Castilla: vuestra tierra madre ha infundido inspiración a su poeta: hemos tratado de honrar aquí a Galán: queremos ahora honrar también a Castilla.

Nuestro laureado triunfador, tan enamorado de su país nativo, que encierra en hermosos versos los primores de éste, la virilidad del alma castellana, la tranquila virtud de vuestras esposas en cuyo modelo grabó el gran Fray Luis su Perfecta Casada, ha de agradecer mucho la felicitación de sus coterráneos. Castilla, que ama a sus hijos hubiera querido estar presente en nuestros Juegos para coronar de mano propia a su poeta. Pues bien: Aragón quiere honrar a Galán por medio de sus paisanos; Aragón quiere honrar a Castilla en su poeta vencedor de estos Juegos Florales.

A vos, el Ilustre Rector y sabio Senado de la más famosa Universidad Castellana os ruega la Ciudad de Zaragoza que os dignéis recibir el adjunto Diploma firmado, por excepcional distinción, de mano de la Gentil Majestad de Nuestros Juegos, y que, en la forma que más os plazca os dignéis también conferirlo al señor Don José María Gabriel y Galán, vuestro genial compatriota. Para honrar al genio Castellano, no hallamos Corporación más digna que esa Escuela, emporio de la Sabiduría de los tiempos, para lograr la merced que pedimos fiamos también

en que la Universidad Salmantina (sic), su Magnífico Rector, su Muy Docto Senado acogerán con cariño este llamamiento, ruego y encargo de la tierra hermana.

Así Dios guarde a esa Universidad y a su Claustro.

En Nuestra Ciudad de Zaragoza el penúltimo día de Octubre, año del Señor, mil novecientos y dos. — P. A. Antonio Miranda. »

* * *

A él se ha contestado con este otro:

A la muy Noble, Muy leal, Muy heroica y Siempre heroica Ciudad de Zaragoza.—

Recibió esta Universidad de Salamanca el saludo de esa Ciudad, el diploma en que se confiere al Señor Don José María Gabriel y Galán el premio de honor de los últimos Juegos Florales en esa celebrados y el honroso cometido de entregárselo. Hase cumplido con este.

Cierto es que Don José María Gabriel y Galán ha ganado en muy buena lid su premio, más aún así es muy de agradecer a esa Ciudad la cordialísima acogida que dispensó al poeta de estos serenos y austeros campos, al que ha acertado a encarnar en sus inspiradas estrofas el espíritu que anima y conforta a los que sufren y gozan, trabajan y aran sobre este robusto suelo castellano, viviendo en él su íntimo poema de fe, de amor y de esperanza. Los campos que nuestro poeta cantó son los que ciñen a esta antigua Escuela, que en ellos prende sus terrenas raíces y el espíritu que vivifica a los hijos de estos campos es el espíritu que a la Escuela vivifica.

Delicadísima distinción nos parece la de que haya firmado el diploma la Reina de la Fiesta, ya que donde se ha encontrado con su mayor inspiración nuestro poeta salmantino es cantando a la mujer, a la mujer castellana que es como condensación y cifra de esta tierra noble, y como si al ceñir con sus brazos al compañero que torna de la dura brega le ciñesen el Cielo y el suelo mismo de donde recibe luz, aire, nutrimento y vida. La unión de Aragón y Castilla fue el arranque de la obra de la consolidación de la Patria y a tal obra contribuye cada buen español con su oficio, y entre ellos contribuyen los oscuros labriegos Castellanos y Aragoneses, en silencio, con su tenaz y resignada labor, y con sus cantos los que a. unos y a otros cantan. Entre estos cantores, va en cabeza el poeta a que esa Ciudad ha premiado.

El Arte se adelanta por intuición genial a mucho de lo que la Ciencia alcanza por trabajoso discurso, a la vez que encierra y sella en impecederas formas las adquisiciones de ella, y así esa labor de resurrección poética del alma de nuestro pueblo a que el poeta se ha consagrado es

iniciación de nuevos trabajos nuestros a la vez que coronamiento de otros. Por todo ello estimamos que al honrar al poeta salmantino nos ha honrado esa Ciudad, y a ella y con ella a todo Aragón, envía un cordial saludo esta Universidad de Salamanca.-El Rector.-Miguel de Unamuno».

Al remitirle copia de ambos mensajes y el diploma que habrá ya recibido, esta Universidad felicita al hijo ilustre de esta tierra, y le anima a que continúe regalando a los españoles con sus inspirados cantos.

Dios guarde a V. muchos años. Salamanca 9 de enero de 1903.
El Rector Miguel de Unamuno

Señor
Don José María Gabriel y Galán.

El rector de la Universidad de Salamanca
Particular

14 enero 1903

Sr. D. José María Gabriel y Galán

Mi querido amigo: Por fin hallo un rato para escribirle. Ayer tarde estuve y hablé un rato con su hermano. Le supongo a usted enterado por éste de todo, pero no está mal que yo se lo repita.

Recibí con el correo el diploma dentro de un rollo, lo vi y se lo envié a su hermano para que lo hiciese llegar a usted. Y a cosa de los dos meses, cuando no me acordaba de ello, me sorprendió leer en El Lábaro un Mensaje de cuya existencia no tenía ni aún noticia. Y lo que más me dolió —y así se lo dije a su hermano— es que pudiera parecer que yo estuve desatento y descortés, hasta grosero, con la ciudad de Zaragoza y con usted. Sobre todo con usted. Mas esto ha quedado concluido con lo que hablé ayer con Baldomero y no hay que volver sobre ello.

Claro está que una vez ocurrido lo ocurrido no era cosa de recoger el diploma, llamarle a usted y hacer una fiesta que más que en desagravio de usted —que si él hiciera falta, yo me prestaría a todo— habría de resultar en agravio mío y satisfacción de bajas pasiones

y mezquindades de estos mis compañeros (no todos) de Derecho y Letras. Ahora pretenden tomarle a usted de pretexto o pantalla para satisfacer sus resquemores y –lo diré con todas sus letras– sus envidiejas y despechos. Las cosas claras.

De mi cuestión con el claustro nada debería decirle. He contestado por mi y ante mí a la ciudad de Zaragoza 1.º porque legalmente yo represento a la Universidad y siempre y en todo caso responde el rector a mensajes así, 2.º porque una reunión de claustro después de lo pasado, sólo serviría para dimes y diretes y desahogo de pasioncillas y 3.º porque tengo confianza en sí mismo y en que sé contestar a esas cosas y dejar bien puesto al hacerlo el nombre de esta Escuela.

Creo inútil recordarle el origen de nuestra relación, como fui quien primero se fijó en aquella su preciosa poesía *El Cristu benditu* y se la fui leyendo a todo el que me la quiso oír (incluso a Pereda) y de tanto leerla me la aprendí de memoria. No aduzco esto para probarle mi leal amistad, de la que usted no duda, sino para justificar mi derecho a manifestarle cuanto siento que haya gentes que digan apreciar y admirar a usted y quieran convertirle de poeta en pendón y cabecilla de secta, y hasta tiren a ponerle en ridículo con esas cosas; de esto Protesto porque sé que le hiera y por otra parte me parece cosa graciosísima y chusca conociendo a usted y sabiendo cuán inútil es la labor de esas gentes.

Y nada más por hoy.

Sabe que de veras le quiere y aprecia en todo lo mucho que vale su labor, su amigo leal y franco

El rector de la Universidad de Salamanca
Particular

16 nov. 1903

Sr. D. José M. Gabriel y Galán

Mi querido amigo: Anteayer, sábado, por la noche llegué a ésta desde Madrid, donde he pasado diez días con asuntos universitarios, y al llegar me encontré con su carta.

Usted sabe como en cuestión de concursos no tenemos los rectores facultades discrecionales y que nada puede hacerse. Para la de Doñinos hay maestros en propiedad que la solicitan y don

Victoriano Mandado Mediante no puede obtenerla. Lo que sí puede decirle es que cuando se le acabe la interinidad que le di no le faltará otra hasta que reúna méritos o –lo que es mejor– haga oposiciones.

Ahora me gustaría extenderme hablándole a usted de otras cosas pero con mi ausencia se me ha acumulado correspondencia y otros trabajos. Cuando me desembarace algo de ellos le escribiré a usted.

El asunto de las Facultades –que es lo que me llevó a Madrid– creo se arreglará al cabo.

Que siga trabajando, que tenga bien a la familia; y que mande cuanto guste a su buen amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

El rector de la Universidad de Salamanca
Particular

11 enero 1904

Sr. D. José M.^a Gabriel y Galán

Mi querido amigo: Entre mis cartas por contestar encuentro una suya del 18 de nov. No sé como lo he dejado así.

Le deseo un buen año 1904, de salud, paz y trabajo y que veamos pronto sus Campesinas y los que le sigan. No deje de la mano eso de las Hurdes, no sea que vaya a caer en malas manos.

Lo que no me cansaré de decirle es que intente una obra de conjunto y de alguna extensión, una novela de costumbres de ese país. Eso le ocupará fructuosamente y le abrirá horizontes.

Yo tengo el presentimiento de que este año ha de ser de excepcional importancia para mí. Ahora tengo puestos los ojos en mi traslado a Madrid, así que haya coyuntura para ello.

Sabe cuán su amigo es

MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. D. José M.^a Gabriel y Galán

Mi querido amigo: Tomo buena nota de D. Victoriano Mandado Mediante y procuraré servirle como él desea, pero conviene que esté a la mira de las vacantes que puedan ocurrir y mi (sic por me) avise en cuanto se le presente alguna que le convenga. Es más fácil servir al que pide una escuela determinada que al que pide una cualquiera.

Recuerdo haber hablado de usted con doña Emilia más de una vez, y lo que va ha hacer no puede sino favorecer a usted mucho.

Me alegro verle en la labor lenta y metódica a que brindan esos pueblos y alternando entre ambas sementeras. Es el modo de hacer cosas sanas y duraderas.

Yo, por mi parte, fuera de mis quehaceres oficiales y mis compromisos con revistas apenas hago, desde junio acá, sino trabajar en mi obra «La vida de D. Quijote y Sancho según M. de C. explicada y comentada por M. de U.» obra en que vengo poniendo mis cinco sentidos y mis tres potencias. Acaso me engañe, pero creo estar haciendo lo más importante, y con mucho, de cuanto hasta aquí he hecho.

Como intermezzo, o entremés, he escrito una oda a Salamanca que aparecerá en uno de los próximos números de «La Ilustración Española y Americana» o acaso en su almanaque anual. Corregí ya las pruebas.

Sabe cuán de veras es su amigo

MIGUEL DE UNAMUNO

Sr. D. José María Gabriel y Galán

Mi querido amigo: Su carta ha venido a avergonzarme. Y digo esto porque antes de haberla recibido debí yo haberle escrito manifestándole mi pesar por la muerte de su padre (q.d.D.g.) a quien conocí algo y me era sumamente simpático. En esta mi poco perdonable negligencia ha entrado en parte la balumba de quehaceres y preocupaciones que sobre mí pesan, una cierta lentitud que con los años se me va acentuando y también cierto respeto a los dolores profundos y recientes. Pero no quiero dejarle de decirle cuanto he sentido su desgracia, aunque estoy convencido de que en sus arraigadas creencias encontrará usted lenitivo a su dolor.

Veo sus últimas cosas y me felicito y le felicito por su labor. También yo he echado mi cuarto a espadas en poesía, publicando una en el último número de La Ilustración Española y Americana.

Al presente no hago más que trabajar en mi «Vida de D. Quijote y Sancho, según M. de C. S. explicada y comentada por M. de U.», obra cuyas cuartillas irán pronto a la imprenta.

Celebraré mucho verle por acá y que charlemos.

Y deseándole un año de 1905 más venturoso que para usted ha sido el que finó, y en que los nuevos triunfos que habrá de obtener no vayan amargados por otras desgracias, queda suyo afmo. amigo y s. s.

MIGUEL DE UNAMUNO

Índice

PALABRAS DE PRESENTACIÓN	7
--------------------------------	---

CANCIÓN DEL TERRUÑO (Antología mínima de Gabriel y Galán)

Pórtico: Alfredo Pérez Alencart	13
La canción del terruño	17
Treno	19
Acuérdate de mí	20
Deuda	22
A un rico	23
El ama	24
Canción	32
El embargo	36
Canto al trabajo	38
El Cristu benditu	42
Ara y canta	48
Regreso	52

PARA JOSÉ MARÍA GABRIEL Y GALÁN (Ofrenda poética)

José Luis Puerto (<i>Campos de Salamanca</i>)	63
Ángel González Quesada (<i>José María Gabriel y Galán</i>)	65
Marcelo Gatica (<i>Una palabra viva</i>)	66
Emilia González Fernández (<i>Solución posible</i>)	67
Tomás Acosta Píriz (<i>A Gabriel y Galán</i>)	68
Carlos Aganzo (<i>Sed buenos como hasta aquí</i>)	69
M. ^a del Carmen Prada Alonso (<i>A José María Gabriel y Galán</i>)	71
Julián Martín Martín (<i>Gracias...</i>)	72
António Salvado (<i>Sol d' ideias</i>)	73
José Manuel Ferreira Cunquero (<i>Poeta del pueblo y de la tierra</i>)	74
Juan Carlos Martín (<i>Canción del que quiere vivir</i>)	75
Elena Díaz Santana (<i>Vuestra paz era imagen de mi vida</i>)	76
José Pulido Navas (<i>Primer poema</i>)	77
Santiago Redondo Vega (<i>De ti me acuerdo</i>)	78
Soledad Sánchez Mulas (<i>Fecundidad</i>)	79
Araceli Sagüillo (<i>El poeta</i>)	81
Juan Velasco Plaza (<i>Arquitectura barroca de la justa</i>)	82
Aída Acosta (<i>Querencia</i>)	83
Victor Oliveira Mateus (<i>Cidade incompleta</i>)	84
Aníbal Lozano Jiménez (<i>Otro viaje del poeta</i>)	85
Ilia Galán (<i>Verdes y frescos los pensamientos</i>)	86

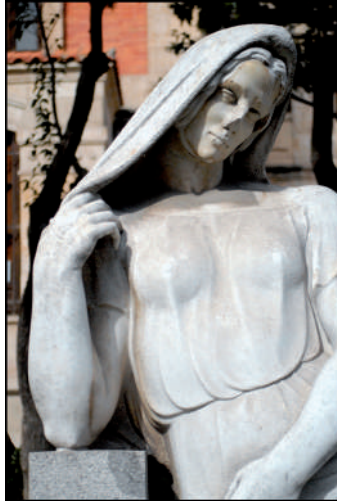
Enrique Villagrasa (<i>Versos de fuego</i>)	87
Luis Enrique de la Villa Gil (<i>Oda al poeta José María Gabriel y Galán</i>)	88
Enrique Vitoria Vera (<i>Gabriel y Galán</i>)	89
Gloria Sánchez (<i>Labrando poesía</i>)	91
José Antonio Valle Alonso (<i>La flor de la inocencia</i>)	92
Leonor Martín Merchán (<i>Labriegos</i>)	93
Verónica Amat (<i>Canción Para El Poeta Gabriel y Galán</i>)	95
José Amador Martín (<i>Monólogo</i>)	96
Julio Collado (<i>El niño que cuida mis vacas</i>)	98
Xenaro Ovín (<i>Afincado en el paradigma del terruño</i>)	100
Benito González (<i>El dolor forjado de las rosas en «el alma»</i>)	102
Ana S. Díaz de Collantes (<i>Ama de violeta</i>)	103
José María Muñoz Quirós (<i>Meditaciones</i>)	104
Boris Rozas (<i>Fingir otro regreso</i>)	105
Quintín García (<i>Estampas del pan y del vino</i>)	106
Mónica Velasco (<i>La espigadora</i>)	108
José Alfredo Pérez Alencar (<i>Nos esperamos el uno al otro</i>)	110
Caridad Hernández Barbero (<i>La ermita del Cristo</i>)	112
Asunción Escribano (<i>Madre</i>)	113
Sofía Montero García (<i>Añoranzas de mi tierra</i>)	115
Isaura Díaz de Figueiredo (<i>Acuérdate</i>)	116
Juan Angel Torres Rechy (<i>La vida desconoce las razones</i>)	117
Álvaro Alves de Faria (<i>Gabriel y Galán</i>)	118
Juan Carlos López Pinto (<i>Poeta de Salamanca, dejaste tu casa trabada a la nuestra</i>)	119
Luis Frayle Delgado (<i>Gañán</i>)	120
Alfredo Pérez Alencart (<i>Regreso</i>)	122

GABRIEL Y GALÁN Y UNAMUNO
(*Epistolario*)

Sr. D. Miguel de Unamuno	125
------------------------------------	-----



Voz limpia y sin simulacros, abrevada
en los regatos de Frades de la Sierra,
Salamanca, Guijuelo, Piedrahíta
y Guijo de Granadilla. Voz que,
a pesar de lustros y modas,
todavía está sentada en
medio del campo y
es recitada por
pueblos y
aldeas.



“El ama”, por el escultor Juan Cristóbal
(Foto de José Amador Martín)

Leal pareja

Todo lo pudo la mujer cristiana,
logrólo todo la mujer discreta.
GABRIEL Y GALÁN

*Leal pareja en lo visible
encarnado, ayer
y hoy puliendo el anverso
de lo que fui,
díscolo cortado a pico.*

*Ella tan prudente y yo
al otro extremo, manoteando
sinsentidos, con manchas
en la ropa y el espíritu.*

*Nunca enmascaro
mi querencia por la amada
que supo entrañarme*

al Amado galileo.

A. P. A.

